

## Medusa X

por David Balderrama\*

---

A: los proxenetas, asesinos,  
ladrones, violadores, traficantes,  
traidores, teocráticos y espectadores.

“MEDUSA” X Divertimiento sobre un proceso hermético y croquis a manera de rueda combinatoria para observar los mecanismos de la máquina, que sutilmente transmuta el oro en plomo.

Se desarrolla sobre cualquier escenario en tres pesadillas

PESADILLA UNO:

“Lot se fue de Sodoma, pero Sodoma iba dentro de Lot”  
D.B.

PESADILLA DOS:

“Cuando nos maten a todos: todos juntos iremos por  
las calles rompiendo los cristales”

Benigno Aispuro

PESADILLA TRES:

“He intentado escribir el paraíso  
No os mováis  
Dejad hablar al viento  
ese es el paraíso”

Ezra Pound

PESADILLA UNO:

“LOT SE FUE DE SODOMA, PERO SODOMA  
IBA DENTRO DE LOT” D.B.

El escenario es una estancia de acuerdo a las últimas tendencias decorativas. El piso como un tablero de ajedrez, se mantiene durante toda la representación. Un aparato para tocar música grabada. Una mesita de servicio, tetera y tres tasas. Dos mecedoras. Un florero y seis crisantemos blancos de plástico. Globos, confeti, serpentinas. Una pepsicola de dos metros de alta. Un mata-moscas. Dos discos; uno con el “GLORIA” de Vivaldi y otro; “STICKY FINGERS” de los Rolling Stones, para tocar “Caballos Salvajes”.

PERSONAJES: LILITH (Prostituta, novialoca)  
PANDORA (Esposa de Mosto, Secretaria)  
MOSTO (Joven ciego)  
CAIN (Hermano mayor de Mosto)  
PSIQUIATRA  
PERSEO (Lumpen, Enfermero)  
... son los naufragos y están con las ropas  
desgarradas.  
ARPIA (Animal de lujo)  
BUFON (General)

Para iniciar se proyecta una escena en la que se ve a los naufragos llegar agotados a una playa desierta después del naufragio. Se corre telón. Aparece la vista de la estancia iluminada con esplendor. Oscurece de nuevo para volver a encender y ya están todos los naufragos tirados en el piso, en un montón de cuerpos inconcientes en el agotamiento de una lucha por salvarse del navío que se hundió y del cual solo ellos pudieron salir. Este lugar en el que ahora están, es realmente la plaga de una isla desierta, pero no lo saben.

LILITH.— (Saliendo de su letargo, se da cuenta de pronto con asombro, del sitio. Se arrastra cerca del Psiquiatra para despertarlo, pues únicamente a él conoce).

PSIQUIATRA.— (Despierta y ambos miran incrédulos).

LILITH.— ¿A quien conoces?

PSIQUIATRA.— A nadie.

(A las voces despierta Mosto).

MOSTO.— ¿Qué pasa?

LILITH.— Estamos a salvo . . .

MOSTO.— A salvo. (Se palpa el cuerpo)— Yo no podía salir del camarote; los pasillos ardían.

LILITH.— . . . ¡Qué lugar más lujoso.!

CAIN.— (Reaccionando) — Tengo sed . . ., (Mueve a Pandora).

PANDORA.— (Despierta y mira en torno)— ¿Cómo podemos estar en un lugar así cuando hace un momento nos encontrábamos a la deriva en el océano?

MOSTO.— ¿Un momento?

PANDORA.— (Señala una herida en la pierna)— Todavía sangra la herida que me hice al saltar por la borda.

LILITH.— (Quita una tira del pantalón de psiquiatra y le cubre la herida a Pandora)

PANDORA.— Parece que alguien pudo rescatarnos.

LILITH.— ¿Cómo te llamas?

PANDORA.— Pandora.

MOSTO.— ¿Pero cómo? Sabemos bien que teníamos cuatro días navegando.

PSIQUIATRA.— Estábamos en el centro del mar.

CAIN.— ¿Un submarino?

PSIQUIATRA.— Un submarino es menos amplio. Además . . . no tiene facha. (Se levanta y mueve una mesa)— Las cosas están sueltas. Nos encontramos en tierra firme. Probablemente una isla. Al rescatarnos inconcientes, nos trajeron y esperan que reaccionemos. Estamos en la primera parte de la fase posterior al rescate. Posiblemente nuestros benefactores deben ser pocos y nos dejaron aquí para regresar con rapidez al sitio del accidente y poder dar auxilio a los otros . . ., aún tenemos la ropa mojada.

PANDORA.—(Se levanta)— ¿Existe un vehículo que nos ponga con tanta rapidez en medio de una estancia como ésta?

PSIQUIATRA.— Hablar de rapidez puede ser demasiado relativo por la situación en que nos encontramos . . .

MOSTO.— Esa explicación me parece incoherente . . ., tramposa.

PSIQUIATRA.— Es la única verosímil de acuerdo a las características de la realidad objetiva.

MOSTO.— Pero existen realidades ocultas que pueden contradecir las explicaciones más “verosímiles”

PSIQUIATRA.— (A Mosto)— Con la ironía solo conseguiremos distanciarnos, y la separación jamás nos ayudará en esa búsqueda de las explicaciones que necesitamos para ubicarnos . . . . éste; desde luego es un lugar desconcertante . . .

LILITH.— Desconcertante pero bueno. (Se pone de pie)— No sabemos ni cómo ni por qué nos rescataron y mucho menos qué pretenden al dejarnos tirados en alfombra tan bella . . . , pero aquí estamos.

CAIN.— Posiblemente nos observan. (Se levanta)— ¡Vean esa pared! (Señala al frente)— ¡ Un espejo gigante!

PANDORA.— ¿ Un espejo? No me había dado cuenta.

PSIQUIATRA.— Recuerden que hay espejos que sirven de ventanas de observación.

(Todos van al “espejo” menos Perseo que continúa inconsciente. Se componen, etc., Lilith se dedica silenciosamente a investigar).

LILITH.— (Abre una puerta) — ¡Miren! encontré la cocina.  
(Se dirigen a la cocina pero ella los detiene)

— ¡Deténganse! Estamos en un sitio que no hemos escogido. Nos trajeron y es evidente que pusieron a nuestra disposición todo lo que vemos . . . creo que por lo menos, hasta que se presente nuestro anfitrión, tenemos que pensar en guardar cierta distancia . . . disponiendo de lo necesario, después de todo ya casi se nos pasó el susto del naufragio.

PSIQUIATRA.— (Da una palmada)— Bueno; que alguien prepare lo que comeremos mientras los demás buscamos ropa seca.

MOSTO.— También podemos explorar un poco por la casa.

CAIN.— Esperemos. Todo está muy dispuesto. Tanto que me parece sospechoso.

PANDORA.— Al menos pasemos a tomar agua . . . ¿sí?

(Entran todos a la cocina. En tanto, baja un aro dondè a manera de pájaro de lujo, Arpia está posada. Tiene alas metálicas y una máscara antigua como rostro. Queda flotando un poco por encima del piso. Los naufragos regresan y se acomodan a descansar, excepto Lilith).

PSIQUIATRA.— Tenemos que buscar a nuestro anfitrión en caso que no se presente antes de irnos, o bien dejarle nuestro agradecimiento . . . ¿Están de acuerdo? Porque también podíamos esperar . . .

CAIN.— O buscar algún mensaje. Si nos dejaron solos por acudir con rapidez al punto del accidente para rescatar a otros, debe haber alguna nota que nos indique lo que debemos hacer.

PANDORA.— (Mirándose al espejo) — ¿Cómo?

LILITH.— (Desde la cocina) — Pandora

PSIQUIATRA.— ¿Cómo? ¿Qué?

PANDORA.— (En tránsito a la cocina)— ¿Se te ocurre alguna forma de comunicarnos con ese hipotético anfitrión?

CAIN.— ¿Hipotético?

MOSTO.— Puede ser . . . no sabemos nada . . .

PSIQUIATRA.— Hasta este momento.

MOSTO.— “Hasta este momento”, de nuestro salvador. Creo que debemos pensar en ir buscando la salida.

CAIN.— Podríamos hacerlo después de la comida.

PSIQUIATRA.— (Se levanta pensativo en dirección al proscenio. Mira por el “espejo” en la lejanía. Se ausculta la lengua)— Recuerdo una película de Buñuel donde varios individuos de pronto qued . . .

MOSTO.— ¿Por qué después de la comida?

CAIN.— Porque tenemos hambre. No puedes negarlo. Estamos aquí de carne y hueso. Creo que sólo en el sueño no se come . . . , bueno . . . (ríe). supongo que los hambrientos deben soñar comida.

PSIQUIATRA.— (Con sorna)— Está bien. Dejamos por sentado que trataremos de hilar nuestras relaciones con lo que conocemos y aun de buscarle alguna explicación a las “Realidades ocultas”. Está claro, que si de pronto nos encontramos en un lugar desconocido, después de un accidente como el que sufrimos, no significa que hayamos muerto y que ahora sean las almas de lo que fuimos las que se angustian.

MOSTO.— ¿Muerto?

PSIQUIATRA.— El (señalando a Caín) —habló de sueño hace un instante, y eso puede ayudar a confundirnos. Recuerden que debemos mantener el equilibrio. Alguien o alguien pudieron hacer para nuestro bien que perdiéramos la noción del tiempo y la orientación.

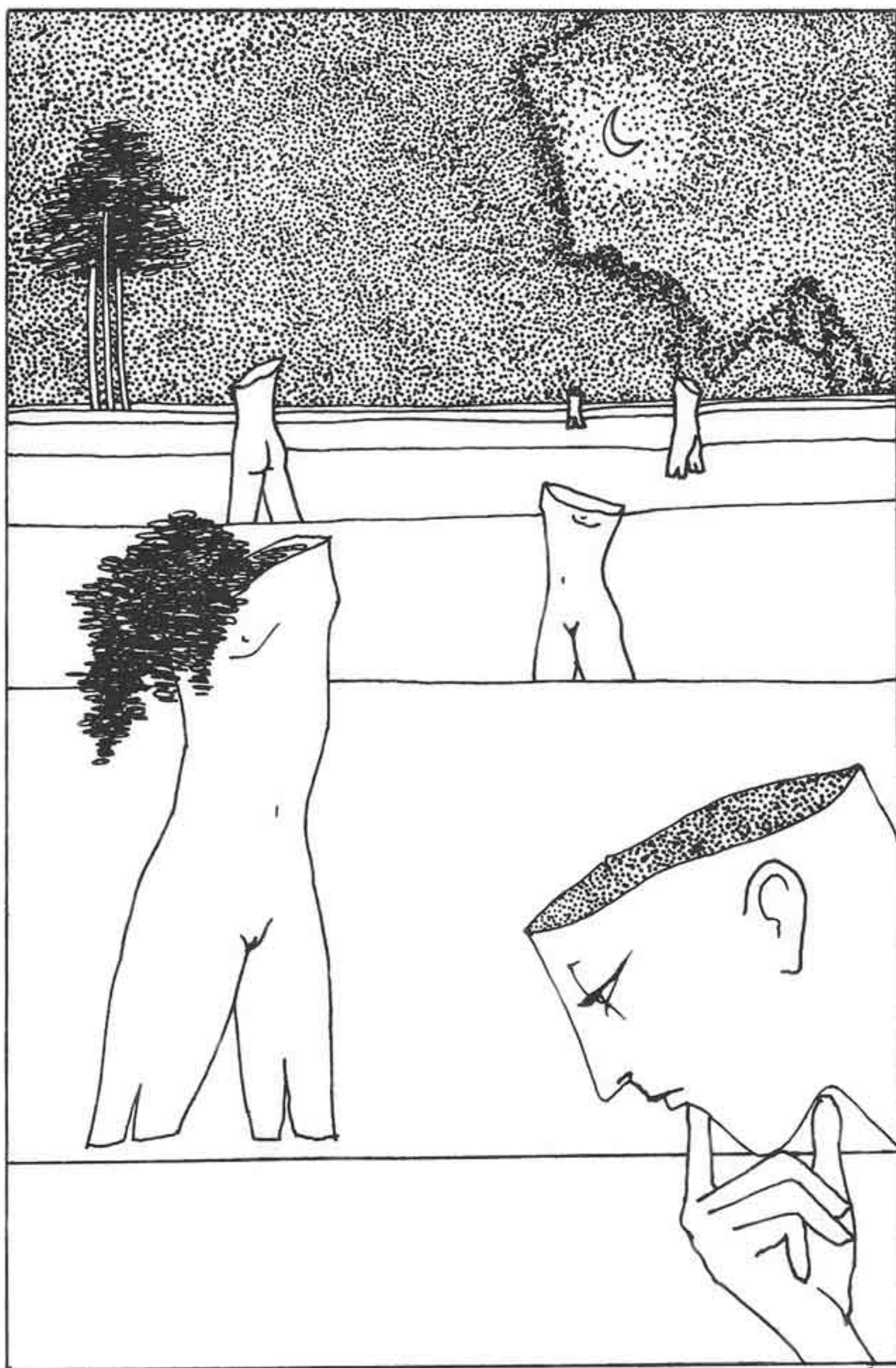
CAIN.— ¿Con qué propósito?

- PSIQUIATRA.— Ya lo descubriremos. Quizá traten de que nos despertemos naturalmente. Esto es elemental en la didáctica. Además, parece que ya hemos pasado los peligros nerviosos del trauma del accidente. No estamos heridos y tampoco sabemos de nadie más. . . . no se oyen ruidos.
- PANDORA.—(Saliendo de la cocina)— Yo estoy herida (Enseña su pierna con frivolidad).
- MOSTO.— Pues no lo parece.
- PANDORA.—(Acercándose a Mosto)— Es mínima, pero se que se hizo al saltar por la borda. (Se sienta sobre sus piernas)— Eso prueba que no hace tanto tiempo que nos trajeron como sugieres, desde la cocina se oye todo.
- PSIQUIATRA.— No “Sugiero” Unicamente hago énfasis en la sabiduría con que parecen manejarse los acontecimientos.
- PANDORA.— . . . Además, estamos tan ocupados en especular que ni siquiera hemos averiguado si él (Señala a Perseo tras el sillón de Mosto)—, está vivo.
- MOSTO.— Mira quién lo dice
- (Entre los tres levantan a Perseo y lo acomodan en otro sillón. Descubren que tiene grandes quemaduras. Pandora corre a la cocina en tanto Mosto y Psiquiatra lo reaniman).
- PSIQUIATRA.— Lo recuerdo. Viajaba en la cubierta. Es de los que traen su casa sobre la espalda. ( A Mosto)— ¿Cuál es tu nombre?
- MOSTO.— Mosto.
- PERSEO.— (Reaccionando)— ¿Qué onda? ¿Nos rescataron?
- MOSTO.— Aunque todavía no sabemos quién lo hizo ni cómo.
- PERSEO.— ¿Donde’stamos?
- PSIQUIATRA.— Tampoco lo sabemos. En verdad es un lugar seguro pero desconocido.
- MOSTO.— Parece un “Lugar seguro” . . . porque tal vez nos juegan una broma.
- PERSEO.— (Se da cuenta que aquel sitio es un Atolón)— ¡Qué poca madre! Ni un pinche arbolito ¿Cómo pudimos clavarnos en este desierto?
- (Caín, Mosto y Psiquiatra se miran desconcertados)
- PANDORA.—(Viene de la cocina con vendas imaginarias)— Díganle que se siente para vendarle. (A Caín)— Te necesitan en la cocina.

VIÑETA

TERCER LUGAR

Daniel González Dueñas\*



GLIFO  
82

\*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

CAIN.— (Va a la cocina).

PSIQUIATRA.— (Tocando el hombro de Perseo)— Ven a sentarte.

PERSEO.— Nel ps como nos vamos a clavar. Esta pinche madrecita de arena va' valer madre aquí con el mar.

(Entran Lilith y Caín con grandes platos llenos de piedras que forman alimentos).

LILITH.— Listos, ya podemos hartarnos como la gente. (Poner los platos en la mesa)— ¿No le han vendado las heridas?

PSIQUIATRA.— (A Pandora) Dame las vendas. (Cuando quiere tomar las manos de Perseo, este le descarga un golpe con ambos puños en el cuello. Se desploma. Todos quedan a la expectativa).

PERSEO.— Bola de güeyes, q'train q'tienen ps ¿No se dan color que las olas nos aventaron en una pinche madrecita de arena? Tenemos q' buscar los pedazos del pinche barco. (Toma una piedra del plato)— Esta pendejada no se puede refinar Nel,ps están bien piratas. "No—le—han—vendado—las—heridas" . . . ps ¿con cuáles vendas a ver? ¿Cual refín? (Se adelanta para irse)— ¿Se elevan? (Nadie responde)—Ultimadamente váyanse a la verga (Con un desplante se va por el proscenio perdiéndose con el público).

PANDORA.— ¿Lo vieron? ó ¿Lo vieron? ¡Se metió en el espejo!

LILITH.— Como en el cuento de Lewis Carroll

MOSTO Y PANDORA.— (Se acercan al "espejo" palpando de mil maneras pero no descubren puerta secreta en su invisible superficie).

PSIQUIATRA.— (Reaccionando)— ¿Qué pasó?

LILITH.— Se fue por el espejo.

PSIQUIATRA.— Es imposible.

PANDORA.— Pero lo vimos

PSIQUIATRA.— Lo que vieron va contra la razón. No puede ser verdad. (Ayudan a levantar a Psiquiatra).

MOSTO.— ¿Qué es la razón? ¿Lo irrazonable de la realidad? ¿o la realidad es lo irrealizable de la razón?

LILITH.— ¿Y todo lo que vemos, va contra la razón? Ahí están esos muebles, las cortinas, los cuadros, los adornos; ¿son fantasmas de cuerpos irrealizables o realidades de fantasmagorías razonables?

MOSTO.— (Desafiante)— ¿Cómo llegamos?



PSIQUIATRA.— (Más desafiante)— Qué importa como fué. Aquí estamos ahora y creo que tenemos que conducirnos por la conciencia objetiva. Debemos aprovechar el alojamiento que se nos ofrece.

CAIN — Es evidente que no debemos desperdiciarlo.

MOSTO.— Para él (Señala el rumbo de Perseo)—, todo ésto es un desierto: “Una pinche madrecita de arena”. (A Lilith)— ¿Has pensado que pudiera ser más “razonable” su punto de vista? (Se acerca pensativo al aro de Arpía que lo mira inmutable)—. Posiblemente tan sólo sea el hombre y el cansancio lo que nos hace creer cierta la proyección de los deseos, porque todos queremos estar en el refugio conocido. Cada uno lo que ya sabe de memoria. En eso para todo. De pronto aparecemos todos después de un accidente, juntos, y no sabemos como reaccionar porque no estamos dispuestos a perder lo más mínimo el porte  
...

PSIQUIATRA.— (Agresivo, a Mosto)— No perdamos el juicio.

MOSTO.— (Sostiene la mirada violenta de Psiquiatra).

CAIN.— (Rompiendo aquel duelo visual)— Esta casa me produce una molestia. No se . . . siento que me observan . . . que me vigilan o me acusan de algo abominable. Eso me desconcierta pues a la vez imagino que soy un instrumento sin voluntad.

MOSTO.— Hay que buscar la salida lo más pronto posible.

LILITH.— No hay salida

LOS DEMAS.— ¿Cómo lo sabes?

LILITH.— (Les enseña un texto enmarcado).

PANDORA.—(Lo toma y lee)— Quien se para en el centro que define  
Todos los puntos,  
Y no siente los espasmos del vértigo,  
Habitará su sueño  
Para poder pisar  
La cabeza del fin  
Y el fin de los principios.  
Aquí no es una trampa ni el infierno.  
El exterior no existe  
y nada tiene dueño.

PSIQUIATRA.— (Contrariado)— ¿De dónde lo tomaste?

LILITH.— Estaba puesto tras la puerta de la cocina.

PSIQUIATRA.— Escuchen bien . . .

**MOSTO.**— (Violento) —Es evidente que alguien, planeando divertirse a costa de nosotros, nos ha traído a su casa de juguetes. El ha dicho (Se refiere a Psiquiatra)—; que tal vez fue con buenas intenciones. Pero método didáctico, de sometimiento, de diversión o lo que sea esta desesperándonos . . . además . . . pues muy bien que ya estemos a salvo . . . es una casa cómoda . . .

**PSIQUIATRA.**— ¿Nos quieres convencer con titubeos?

**MOSTO.**— Es verdad. No hablaré nunca más en plural.

**PSIQUIATRA.**— ¿Entonces?

**MOSTO.**— ¿Cómo poder saber las intenciones del “Anfitrión”?

**LILITH.**— Esperando.

**MOSTO.**— ¿Esperando?

**CAIN.**— Ella tiene razón. Si somos incapaces de ponernos de acuerdo y encontrar la explicación adecuada para todos, obviamente que debemos esperar. Aún estamos donde mismo. No hemos buscado . . .

**PANDORA.**— Sospecho que no puede haber “explicación adecuada”; somos diferentes . . . Yo soy PANDORA la modelo más cotizada de los últimos veinte años, y nadie objete que soy un instrumento, yo sé que soy un instrumento y vivo acorde con mi situación. (A Psiquiatra)— ¿Tú quién eres?

**PSIQUIATRA.**— Un científico.

**PANDORA.**— ¿De verdad? (Señalando a Lilith)— Ella es una dama de abolen-go. (A Caín)— ¿y tú?

**CAIN.**— (Desconcertado)— . . . Un caballero.

**PANDORA.**— Bien. (Señalando a Mosto)— Conozco muchos como tú, y no les creo cuando piensan que todo puede ser distinto. Sin embargo me angustia igual que a ti tener que calentar eternamente los asientos de la sala de espera. (A Caín)— Se te olvida que no sabemos cómo llegamos. Todo es extraño aquí. Un compañero salió por el espejo diciendo que todo era un desierto y que los panes eran piedras.

**LILITH.**— ¿Piedras? (Toma un par de verdad y lo parte)— ¿Quién duda que sean panes?

**PSIQUIATRA.**— Parecemos estúpidos. Recuerden lo que se dijo de Marco Polo, de Colón, de las transmisiones inalámbricas, de la TV, miles de gentes no dieron crédito a la imagen de Neil Armstrong caminando sobre la superficie de la luna. La realidad es más inverosímil que la fantasía ¿Por qué temer? ¿Por qué desesperarnos?

MOSTO.— (Gritando)—¿Hay alguien aquí? ¡Hey! Al dueño de la casa . . . ¡ya nos vamos! ¡Gracias! ¡Adiós!

PSIQUIATRA.— (Le tapa la boca) — ¡Dijiste que no hablarías en plural!

MOSTO.— (Desligándose de Psiquiatra, toma un objeto imaginario en el clímax de la desesperación y lo lanza contra el “espejo”. Todos “ven” como rebota y cae al piso. Se va en silencio).

PANDORA.— (Después que desaparece Mosto)— Debemos ir todos juntos.

PSIQUIATRA.— Me parece correcto.

LILITH.— Yo me quedo.

CAIN.— ¿Por qué?

LILITH.— Siento seguridad. Esto me gusta. Fue lo que vi primero al despertar . . . , y no me . . .

PSIQUIATRA.— ¡Pero . . . !

LILITH.— No puedo acompañarte (Se aparta)— Puede ser que regrese más tarde el que nos trajo.

PANDORA.— Bueno . . .

CAIN.— Cada quien puede manejar a su suerte como quiera, andemos.

LILITH.— Ustedes exageran ¿De dónde les brota esa necesidad para salir cuando acabamos de llegar? Si no está él o los que nos trajeron sus razones tendrán. Este lugar es muy seguro y sólido.

PANDORA.— ¿Cómo lo sabes?

LILITH.— Pues de cierto que no ha de ser una escenografía. (Pandora, Caín y Psiquiatra se adelantan para salir) —¿De repente todos empezaron a padecer de claustrofobia? (El estado de Lilith evidencia toques histéricos.)

CAIN.— (Nervioso al notar el cambio de personalidad en Lilith)— ¡Vámonos! (Salen).

LILITH.— (Al ver que se van, intenta seguirlos esperando una nueva invitación que no llega, entonces con actitud revanchista grita) ¡Busquen! ¡Busquen muy bien la puerta! ¡Cuando la encuentren tendrán que regresar a pedirme la llave! ¡Yo desperté primero! ¡Yo desperté primero! (Ríe)— ¡Yo desperté primero!

Comienza un sonido de oleaje. La luz cambia bruscamente a un azul fantasmal. Ella sigue gritando pero no se oye sonido. Arpía baja de su lugar esti-

rando las alas en dirección a la presa. Se hace oscuro. Inicia "Caballos Salvajes". Se colocan dos mecedoras y una mesita de servicio con tetera y dos tasas. Desaparecen los platos con piedras, los otros muebles y el aro de Arpía.

Enciende la luz que proviene de una lámpara. Sobre una mecedora esta sentada Lilith. Viste un traje largo sobrio y elegante de color oscuro, balanceándose, disfrutando la música de los Rolling que se toca en el aparato mientras observa la carátula del folder. Con lentitud, entra Mosto, en su búsqueda por los pasillos de la casa, y sin molestar espera que termine la melodía).

LILITH.— (Apaga el aparato y guarda el disco)— Sabía que vendrías a buscarlo.

MOSTO.— (¿?).

LILITH.— No pretendo hacer un acto barato de precognición. Sin sobresalto pasa y siéntate . . . , puedo explicarte como lo supe.

(Se sientan).

Verás; lo escuché por primera vez hace ya tanto tiempo.

MOSTO.— Son mis favoritos. Colecciono toda su obra. Me puede que un grupo como ellos pueda terminar. Algunos dicen que Mick Jagger quiere cambiar de sexo, pero eso no significa nada.

LILITH.— Lo trajeron deshecho. Practicamente una piltrafa menos que inservible.

MOSTO.— Pero . . .

LILITH.— (Se sirve té)— ¿Leche?

MOSTO.— (No responde).

LILITH.— "Pero" ¿qué pasa?

MOSTO.— Por un instante me pareció estar en dos partes a la vez. Tan extraña una como la otra.

LILITH.— Debes estar cansado. Tu cuerpo necesita una oportunidad.

MOSTO.— ¿Usted cree?

LILITH.— El cuerpo es una referencia exacta del universo. El cuerpo palpita y el universo palpita. El universo respira y el cuerpo respira. El cuerpo descansa sobre si mismo y lo mismo le sucede al universo. Esta es la dialéctica secreta de la totalidad. Desde y hasta siempre, todo es y será igual. Nada es distinto. La realidad es una forma sola bajo una irradiación continua de sutil expresión.

Si lo que se presenta como apariencia, fuera real, tendría que haber otro universo conteniéndole, como el agua en el vaso.

MOSTO.— ¿Entonces . . . El agua no es distinta del cristal?

LILITH.— ¡Claro que no. El cristal es una forma distinta del agua!  
(Se oye un grito repetido que se aleja como un eco fastasma:  
¡Hay alguien aquí? ¡Adiós! ¡Hey . . . al dueño de la casa!

MOSTO.— (Se pone de pie temeroso).

LILITH.— Vuelve a sentarte. Casi terminamos de ponernos de acuerdo.

MOSTO.— No podremos nunca ponernos de acuerdo. . . Los accidentes rompen siempre la trayectoria de los discursos y las credulidades.

LILITH.— ¿Accidentes? No existen los accidentes en el universo. En el SER todo funciona con total perfección.

MOSTO.— ¡Mentira!

LILITH.— Qué cosa dices. Es que la confusión te trastorna de manera que casi reniegas a lo último que tienes. Aceleras inconsciente tu suicidio. Me presento coherente y no lo aceptas . . .

MOSTO.— Nosotros no queríamos interrumpir . . . ¿Por qué ha dicho Suicidio?

LILITH.— ¿“Nosotros” Has dicho: “Nosotros”?

MOSTO.— Cuatro más aparte de mí están buscando la salida.

LILITH.— Siéntate de nuevo y toma un poco de té. Lo cultivo yo misma en mi jardín.

MOSTO.— (Se sienta)— ¿Por qué tendría que suicidarme?

LILITH.— Calma ese cuervo que te pica el estómago. No acostumbro devorar tan a la ligera a las visitas, además; todos mueren alguna vez y todas las maneras de morir son una forma de suicidio. Cuéntame algo de ti. Te dejaré reconfortado. Hoy tenemos todo el tiempo del mundo para que conversemos tranquilamente. Acéptalo, recordando que nadie te llamó. Fuiste tú el que cruzó por esa puerta.

MOSTO.— Pero yo no pedí venir aquí . . .

LILITH.— Eso no importa (Saca un paquete de un cajón, toma un florero y desempaca)— Llegas el mismo día en que debo recuperar a mis pequeñas. (Sacude seis crisantemos de plástico y con el recipiente las pone en la mesilla)— Son tan lindas. (Suspira)— y Tan eternas.

MOSTO.— (Tocando las flores)— ¿De plástico?

LILITH.— ¿Hay otra cosa más apropiada para las flores? Duran hasta que quieres y no exigen cuidado. A la vez que disfrutas de su belleza puedes desentenderte con libertad. Las flores de verdad son obsesivamente morbosas. Es posible que hasta tengan un dejo de malditas. Te someten a su presencia. Se sienten importantes y te lo hacen sentir. Así, te dejas que te chupen la sangre y luego te abandonan, desmoronándose. De nada sirve la tristeza cuando las ves marchitas, fragmentadas, como burlándose, pues te dejan su mal olor en el florero.

MOSTO.— Mi mamá podría decir lo mismo pero al revés: a ella le fastidiaban las flores de plástico. Pensaba que son la mejor prueba de las torpezas del progreso mal entendido.

LILITH.— Tu madre debió ser una mujer muy especial . . . Bah “Mal entendido.”

MOSTO.— ¿Quién es usted?

LILITH.— Eres obstinado. Y yo, así como admito que me desmientas, dejo que me interrumpas cuando penetras a mi alcoba sin permiso. Además: ya convenimos en lo impráctico de la importancia de los hechos. Tú estas aquí sentado en esa mecedora proyectándose por la pendiente curva del sin sentido para mover la máquina profunda de lo eterno.

MOSTO.— ¿Quiere decir que ya estuve sentado en esta silla y que regresaré para mecer mi sueño en ella eternamente?

LILITH.— Así es.

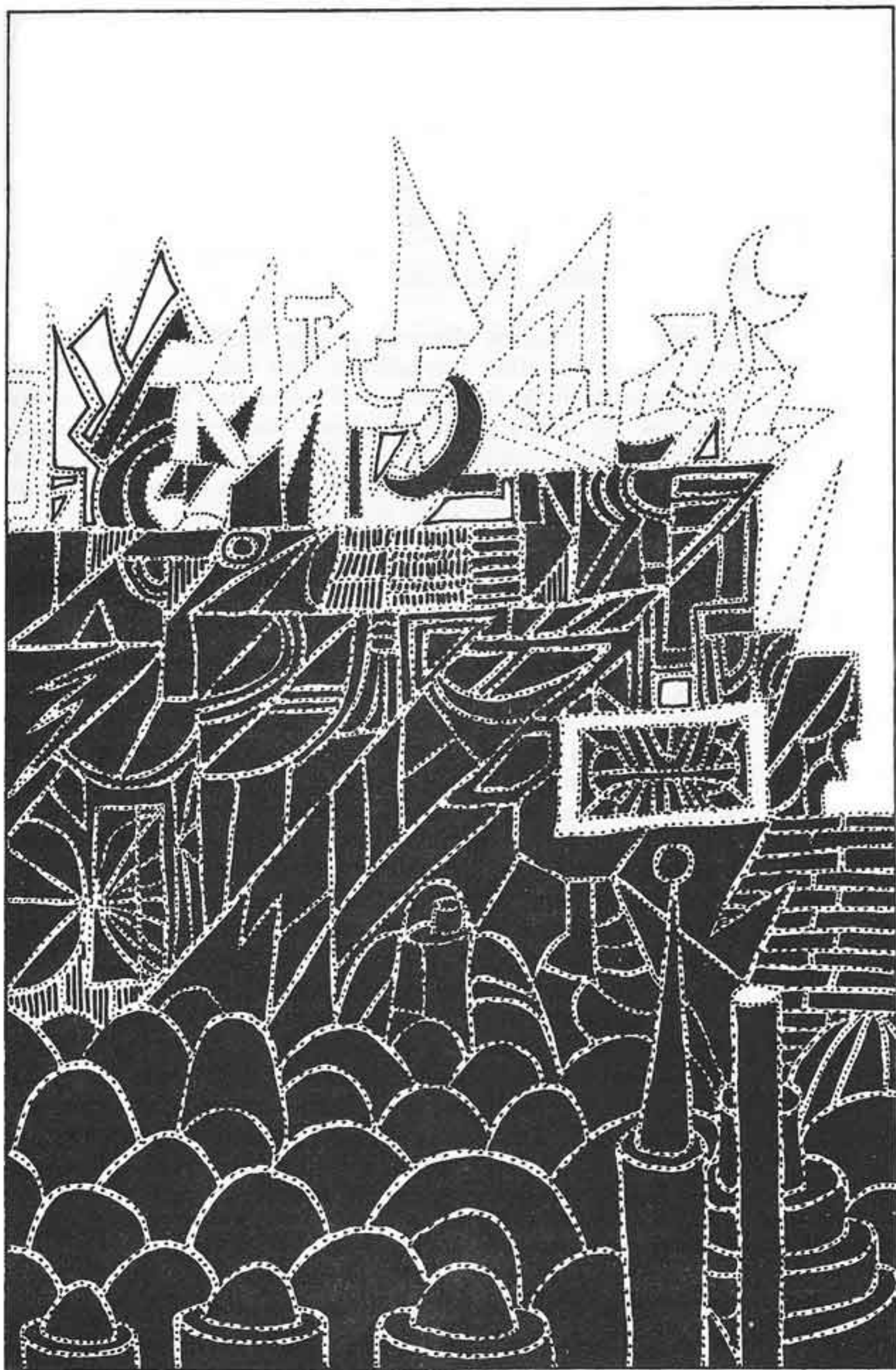
MOSTO.— ¡Eso no puede ser posible!

LILITH.— El todo es un inmenso rompecabezas de formas en perpetuo reposo, si no, no fuera TODO. Napoleón se corona ante la envidia de los que no pueden hacerlo y la vergüenza del Pontífice bajando de su rango de intérprete divino al de sirviente. Hitler grita como una impertinente admonición; “Somos bárbaros, queremos ser bárbaros. Es un título de honor”. Los Hedonistas habitantes de Pompeya desaparecen bajo la lluvia de ceniza. Alla están las pirámides, La esfinge, Los Leones de Tebas, Nefertiti, La Muralla de China, El Sigurat de Babilonia y el Pothala, aquel noble Romano se abandona impotente ante las hondas frenéticas de Atila. El rito milenario se reconforta y Mao cruza nadando el río, Amarillo. (Pausa)— ¿Miras el rostro incrédulo de Hiroshima? ¿Percibes bien el gesto del que ordenó el lanzamiento de la bomba? ¿La justificación del que la construyó? ¿Sientes lo placentero del espectáculo que dan miles de botas militares moviéndose al unísono? ¿Oyes los gritos de los que fueron sacrificados en las plazas como ratones atrapados en la estufa? (ríe)

MOSTO.— (Se medio levanta mirando hacia las puertas).

LILITH.— ¡Mira! Allá están los monumentos a las ovejas negras, y los líderes de todas las tendencias parados en su cruel expectativa.

MOSTO.— (Se pone de pie adelantándose)— Mi madre fue lo que se dice una mujer sensible y consecuente. Era dueña de una sabiduría natural y espontánea. Con ella discutí casi todas mis dudas y siempre tuvo una certeza . . . ; ¿cómo decir?



GLifo  
82

- LILITH.— ¿Poética respuesta?
- MOSTO.— (Asiente).
- LILITH.— Es normal en tu caso. Tienes el síndrome de madre oligofrénica.
- MOSTO.— ¿Por qué afirma tal cosa?
- LILITH.— No me interesa lastimarte; pero toda insuficiencia psíquica tiende a la fantasía sentimental.
- MOSTO.— ¿?
- LILITH.— Como noble poeta, tu madre te colocó de contrafuerte para el muro de “sensible” punto de vista.
- MOSTO.— ¿Por qué dice sensible entre comillas?
- LILITH.— Mira, este piso. Cuadros blancos y negros. Nada se mueve en ellos con ellos ni por ellos. Impasible se deja caminar y soporta sin una muestra de inconformidad el polvo fino y el peso de los muebles. En cambio, sobre su plano y perspectiva, se levanta la complicada estructura de la casa. (Pisa un cuadro blanco)— Dime; ¿Crees que los cuadros existen por ellos mismos? (Se cambia a uno negro)— ¿A donde me llevaría esta por ejemplo?
- MOSTO.— Al principio . . . , ¿Pero que relación tiene la separación de los mosaicos con las comillas de sensible?
- LILITH.— ¡Espera . . . ! verás: imagina que nosotros estamos al pendiente de un rebaño de hombres pequeñitos que viven muy contentos en el piso. Y ellos tienen sus ideas. Unos están en los cuadros negros y otros en los blancos. (Pausa)— Como son tan pequeños cual insectos, no pueden ver la perspectiva de los mosaicos, y, estos, luchan porque los habitantes de los de acá transformen su color . . . así puedes encontrar de repente el piso entero manchado de sangre. Y todo por que no entienden la funcionalidad que la casa necesita en los contrastes. (Pausa)— Sin los contrastes todo se iría por el principio. (Pausa)— Pues bien: antes todo era bueno. Nadie se daba cuenta de los contrastes y funcionaban bien dentro de sus límites. Pero un día, como cuando aparecen los hongos tras la lluvia, llegaron los poetas llamándonos “Chalanes” y gritando que la lucha verdadera en este mundo era sólo entre Chalanes y Poetas. Desde que aparecieron ellos, propusieron precipitar al rebaño de hombres por el filo del risco. Los hombres pacen tranquilamente los verdes pastos. No piden más. Nunca pidieron más. Hasta que apareció el fantasma de los cambios trastornándolo todo.
- MOSTO.— Supongo que no tiene remedio.
- LILITH.— ¡Claro que lo tiene!
- MOSTO.— (Se sienta de nuevo)— Pero si el cambio existe Nadie puede negarlo.



LILITH.— El “Cambio” es una gran patraña. Un fingimiento al que no dimos importancia pero que ahora nos preocupa. No sé como pudimos consentir que lo trajeran.

MOSTO.— ¿Quiénes?

LILITH.— Las luciérnagas engréidas como tu madre. (Pone llave a las puertas)— No podían soportar que tranquilos los hombres vivieran eternamente sin esa picadura de Tabano del poeta cuando le grita desde su ominosa colina que tiene que correr y saltar al abismo. (Viene al proscenio)— ¡El hombre no nació para inclinar la frente con el pesado yugo del molino! ¡Saltad al precipicio! Ahora es posible lanzarse a la cumbre sin temor a morir.

(Ríe)— Imagínate al rebaño arremetiendo contra el vacío: ¿Que pasaría? (Se sirve otro té)— La raza de los hombres desaparecería despanzurrada en los peñascos del olvido, por su culpa. Te digo la verdad. Ha sucedido miles de veces, pero siempre otras tantas hemos podido parar a tiempo la carrera. Aunque siempre se nos escapan unos cuantos y se pierden. Y, ¿qué podemos hacer? cuando ya la serpiente ha difundido la mentira del vuelo? Los pobres hombres han perdido la calma desde aquel día. Ahora es más difícil convencerlos de que no marchen a la ruina. (Gira sobre sus talones indignada)— Ese inmundo pendejo de la colina lanzando su alarido noche y día.

— ¡Salten! ¡Salten al viento!

Estoy eloqueciendo. A veces trato de tomar un pequeño descanso y entonces llegan los gritos del oeste, de arriba, todo resuena y tiembla. Vienen del sur, del norte del oriente. La casa entera cruje y se lamenta. Penetran las corrientes levantando cortinas y derribando muebles. — ¿Les crecerán las alas en el momento de saltar!

Sello la entrada del sonido pero se cuela por las rendijas.

— ¡Salten! ¡Salten!

A veces también yo, cuando la gota derrama el vaso, le respondo gritando: ¡Aquí abajo está el mundo, el viento es de los pájaros! Pero el insiste sin descanso:

— ¡Salten ya! ¡Salten!

Y le respondo: No nos llames “Raposas” ni “Bastardos” y no difundas en los periódicos que nosotros pusimos al payaso en el sitio del visionario . . . , pero no entiende. ¡ay! no puedo resistir este martirio. Sé muy bien que los imbéciles que gritan descontentos de todo, quisieran disfrutar de la benevolencia de mi casa. Lo sé; por que descorro la cortina del sueño para ver lo que tienen por cerebro y descubro que son cubil de miedo reducto de la envidia . . . , lo sé muy bien. Y se lo digo con el más democrático afán de reconciliación, pero responde altivo: “No sabes nada. Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta, y tus hijos, ahora, no pueden abrirla para que entren los primeros rayos de la aurora del mundo” ¿Oíste? — “De la aurora del mundo” — ¿Cual aurora? ¿Te das cuenta? Se ha tocado con el sublime laurel de la justicia, y amenaza con acusarme con las estrellas. (Llora).

**MOSTO.**— (Se levanta)— Estoy desconcertado. Quisiera comprender. Siento como una gran basura en las arterias . . . tengo que vomitar. La náusea punza mis interiores, pero todavía no he comido, creo, desde que comenzamos a buscar la salida. Todos viajábamos en el navío que se incendió.

**LILITH.**— (Limpiándose las lágrimas viene a su silla y atiende)

**MOSTO.**— Qué curioso . . . ya no recuerdo el sitio donde nos embarcamos, con que fin, y tampoco recuerdo a dónde íbamos. Tu me dices: "La realidad nunca se mueve" y analizo atentamente los paisajes que me presentas y veo a Napoleón muerto de tedio en el destierro. A Mussolini colgado de los pies apedreado y desnudo. A Somoza borrado de un bazucazo. Y a Sha corriendo como alma que lleva el diablo, para morir corroído en su propio cáncer; pero aún éstos no son más que títeres inservibles que siempre carecieron de grandeza. Se desmoronaron en el ejercicio de sus funciones pues no fueron otra cosa que burócratas . . .

**LILITH.**— ¡Para! Estás confundiendo más la situación.

**MOSTO.**— Tu hablaste de corrientes y temblores pero hasta hoy he visto que la casa carece de ventanas.

**LILITH.**—(Ríe con esplendor)—¿Cómo lo descubriste si estas completamente ciego?

Mosto queda ciego al instante. Alarmado se toca los ojos y rueda por el piso en el ansia de huir).

**OSCURO.**— (El tono de la risa cambia para unirse a la de Caín que viene de juerga con la prostituta. Encienden la luz y están ahora en la casa paterna.

**PUTA.**— (Tiene vestido cortísimo)— . . . por adelantado.

**CAIN.**—(Se quita el saco y se afloja la corbata)— ¿Cómo las putas de mala muerte? ¡No te recogí en un callejón!

**PUTA.**— ¿Es que no te das cuenta que todo es un inmenso callejón (mima ser un monstruo)—, tenebroso y oscuro? (Ríe)

**CAIN.**— (Mima terror)— Esta bien. Aquí tienes el pago inmediato a tus . . . favores? (Saca un collar de perlas y se lo tira).

**PUTA.**— (Atrapándolo al vuelo)— ¿Te niegas a seguir con el esquema? Esta escena debe ser más correcta. Tu eres un caballero formal y bien visto en sociedad. Administras correctamente la riqueza que tus padres dejaron. Vas de aquí para allá y en medio del cansancio esperas que tu hermano tenga mayor edad mientras lo cuidas de su . . . locura. (Le indica que le ponga el collar)— Al menos esa es la historia que me contaste. Y, ¿que hace por ti ese famoso hermano tuyo?

CAIN.— (Le abrocha el collar)— ¡Eso! (Señalando a Mosto que inconsciente y en la misma postura, tiene ahora una botella de vino vacía en la mano).

PUTA.— ¡Míralo! (Va donde Mosto y levanta la botella)— Se lo terminó.

CAIN.— Creí que rompería esta vez la rutina. Déjalo en paz.

PUTA.— Pero . . . ¿Vas a permitir que se quede ahí tirado?

CAIN.— Es muy discreto. Cuando despertemos ya no estará.

PUTA.— Es muy bello también. Debes estar orgullosa del o'copy right' . . .

CAIN.— ¡Acáballo! No salimos de la misma matriz. La imbecilidad es herencia de su madre; además . . . si te gusta puedes usarlo. Sería un beneficio para los dos.

PUTA.— (Abrazando a Caín por la espalda)— ¿Es virgen?

CAIN.— Y ciego.

(Riendo se disponen pasar a la recámara dejando la ropa por el camino mientras apagan las luces de las lámparas).

CAIN.— ¿Tu no tienes hermanos?

PUTA.— Eramos tres hermanos. Hace ya mucho tiempo, la mayor fue asesinada . . .

CAIN.— ¿En el oficio?

PUTA.— (Afirmación gutural)

OSCURO. Enciende la luz. La misma estancia un tiempo después Caín manosea una revista. Mosto entra y desde la puerta le dice:

MOSTO.— Alguien te busca.

CAIN.— Pásalo. Luego te preparas para ir al analista. Debemos arreglar que sea él quien te visite. Esta será la última salida.

MOSTO.— Pero si me gusta salir. El perro ya conoce la trayectoria . . .

CAIN.— Hay un aumento de brutalidad en las calles. Eres muy susceptible y pueden hacerte víctima.

MOSTO.— . . . Víctima.

CAIN.— Vas a quedarte solo. (Entre dientes)— Esto tiene que dejar de ser de una vez por todas.

MOSTO.— ¿Que dices?

CAIN.— Voy a marcharme y no pienso regresar. Llevo todo lo mío conmigo. He contratado servicio por un año para lo necesario. Lo cotidiano ésta salvado, sólo falta tu parte. Tienen que ser condescendiente.

MOSTO.— ¿Qué clase de protección me darás encerrándome?

CAIN.— Todo ha quedado arreglado como quiso mi padre. Tienen lo que te corresponde. Ahora eres un ciego poderoso . . . ¿has pensado en casarte?

MOSTO.— (Se va con un portazo).

CAIN.— (Enciende un cigarro y espera).

(Se abre la puerta y entran Mosto dando paso a Perseo).

MOSTO.— Aquí está Perseo.

CAIN.— Déjalo pasar.

MOSTO.— Pasa (Se va cerrando la puerta).

CAIN.— Siéntate. (Saca un paquete y sentándose junto a Perseo se lo da) Es la mitad. Planéalo como quieras. Debe hacerse antes de quince días. (Pausa)— Tendrás lo que falta en cuanto pase la sospecha en caso que se presente.

PERSEO.— ¡Nel! ni madre.

CAIN.— ¿Por qué?

PERSEO.— Tengo que pelarme . . . el desafane carnal.

CAIN.— Tienes razón. Bueno . . . ¿esperarías un día?

PERSEO.— (No, con un gesto).

CAIN.— ¿Cuánto tiempo?

PERSEO.— Tres horas.

CAIN.— Es muy arriesgado. Tendré sobre mí todos los ojos.

PERSEO.— Por eso mismo, nadie se dará color ¿No?

CAIN.— Bien. De nuevo tienen razón (Lo invita a salir y al abrir la puerta la pregunta:) — Oye . . . , ¿tu no te llamas Perseo?

PERSEO.— Nel, ps no. Es que güaché una peliculona chidadonde'l galán maciso, un bato acá bien machín, le jachó la chómpira' una pinche vieja con los pelos de puras culebras. ¡Qué greñas se dejaba caer la ruca! y, pos me gusta el nombre. Sta'l tiro ¿No?

CAIN.— (Lo abraza cerrando la puerta)— Simón.

(Cierra telón. Fin de la primera pesadilla).



GLFO  
82

## SEGUNDA PESADILLA

“CUANDO NOS MATEN A TODOS: TODOS JUNTOS IREMOS POR LAS CALLES ROMPIENDO LOS CRISTALES” Benigno Aispuro.

El escenario es ahora, antesala del consultorio de una clínica psiquiátrica. En primer plano el escritorio del recibidor y la secretaria que atiende una transcripción de cinta magnética. Por una de las puertas entra una mujer vieja vestida de novia, exageradamente maquillada. Lleva un muñeco de trapo entre los brazos como un infante lastimado.

NOVIA.— (En susurro)— Se—ño—ri—ta . . .

SECRE.— (Escribe sin oír).

NOVIA.— (Junto al escritorio)— Señorita . . .

SECRE.— ¿Cómo es que llegas aquí?

NOVIA.— (Sonriendo cómplice)— Por la puerta del jardín.

SECRE.— Dejaron otra vez abierta la puerta de la cochera . . . , ven. (La toma del brazo).

NOVIA.— No se moleste señorita. Ni le diga nada por favor al doctor. Es que vine por que se lastimó y no puedo ayudarle . . . , ¡ay! Ellos fueron los que se quedaron con el tesoro de la divina gracia. Era mío y se lo robaron . . . , todo . . .

SECRE.— ¿Quién se lastimó?

(Suena el timbre de la calle).

Bien, luego me dices . . . ahora siéntate un momento. (La sienta y abre la puerta. Pasan (Caín y Mosto)

CAIN.— Buenos días.

SECRE.— Buenos días. Disculpen un instante.

(Casi al cruzarse en dirección a la Novia, ésta repentinamente se pone de pie y da un paso cerrándoles el camino. Se detienen los tres)

NOVIA.— ¡Amigos! El era todo para mí. Fue mi padre, mi hermano, mi esposo, mi hijo; ahora debo partirlo en mil pedazos y diseminar las porciones por todos los caminos de la tierra. Debo esconder cada gota de su sangre. Hacer polvo sus huesos y soplarlos al viento. Cocer su carne hasta que suba convertida en vapor y se pierda su rostro en las inmensidades. Sellar su boca para que sus preguntas no vuelvan a escucharse. (Al acercarse al grupo, Caín y la secretaria se apartan temerosos dejando solo a Mosto que ciego no entiende lo que pasa).— Ahora puedo decirte la verdad. En este sitio todo se repite. Por eso guardo tu cadáver, porque sé que vendrás a buscarlo para recomenzar todo de nuevo. No soporto a los que hablan de luces que centellean en el cielo sin haber visto nunca más que muros, techos, ridículos adornos anacrónicos y casas llenas de atavismos.

(La secretaria quiere tomar el interfón).

— ¿No pueden aprender con una chingada?

(Cain trata de tomar a Mosto del brazo pero la secretaria le indica con una seña que no se mueva).

¿Quién te dijo que mi casa tenía puertas al campo? ¿Cómo sabes que hay campo? ¿Que pájaro te habló de su placer de vuelo para que tu pudieras envidiarlos? ¿Como te convenciste que todo es un desierto que se tragará el mar y que podían salvarse?

SECRE.— (Toma el interfón)— Envíen un enfermero al consultorio número seis. Señores, ustedes por favor no se muevan . . .

NOVIA.— ¡Cállate imbécil. Siempre metes la pata!

MOSTO.— ¿Qué es lo que pasa?

(Se hace oscuro).

¿Hay alguien aquí? En que lugar estoy? ¿Pueden oirme? Respondan. Respóndanme . . . , Respóndanme. ¿A dónde fueron todos?

(Un cenital ilumina el sitio de Mosto).

NOVIA.— No pueden responderte. Aquí no pueden darse respuestas . . . ¿Recuerdas? Que paradójico; tú eras un solitario perdido pidiendo socorro por los pasillos y yo una solitaria guardando la respuesta de una pregunta que no llegaba. ¿Qué digo? Debo estar loca. (Ríe), Si sólo guardo una mortaja y una estatua de bronce para la ceremonia de premiación: (Solemne) —Ahora, la patria con profundo agradecimiento a su héroe más inverosímil, cuyo vigor impetuoso era urgente frenar puesto que nos estaba poniendo patas arriba todo. (Pausa)— Perdónanos . . . El estado no es nodriza de quienes en algún momento resolvieron combatir con las armas en la mano el orden y el de tu nacimiento. En las escuelas todas las nuevas generaciones aprenden tu apellido y tu nombre de memoria y sacan buenas calificaciones con lo que suman puntos en el aprendizaje de diversas cuestiones igualmente importantes, haciéndose acreedores a un lindo pergamino que colocan en un marco dorado junto al retrato de boda de sus padres para que las visitas puedan verlo como culminación de un lindo ciclo que comienza y termina en la nada. Nadie ha tenido un final tan feliz . . . , tan bonito. (Pausa)— Sí. En este instante sé lo que piensas. Lo sé, porque puedo recordarte arengando a las mosas desaliante: “Mejor es un final espantoso que un espanto sin fin!” Ríe)— Pero ellos no querían ser como tú de ningún modo. Ellos querían ser felices . . . , y, ser feliz es estar participando de un continuo espectáculo. Toca la banda militar . . . Danzar, cantar, salir en el periódico. ¡Oiga señor televíseme! ¡Televíseme! (Marca un número telefónico)— Diga que llevará el atuendo mas extraordinario diseñado especialmente para ella en París, que la fiesta será exclusivísima y que Ivone es la quinceañera del año, luego te mando las invitaciones personales. Tal vez creas que todo es un discurso político (Ríe)— en fin; te traicionaron haciéndote su querido espectáculo. Tram,

trám, tram, túúúú, túúúú, ruru, todos mis ayudantes bajan la vista con respeto, entonces deposito en el filo de la grandilocuente tumba que te mandamos construir, el premio a tu valor.

El acto se difunde por los canales apropiados para que los espectadores te dediquen un minutillo de silencio. Respiramos profundo y yo me digo dentro de mis adentros. (Se desconcierta como que ha olvidado su parlamento)—¿Qué me digo? Se pega, se pega, se pega . . . , en la cabeza y se saca sangre. ¡Ya no se que me digo! ¡Ellos fueron los que se robaron el tesoro de la divina gracia! Dios mío, lo he olvidado todo. (Ríe)— Ya no sé que decir . . . ¿Alguien me puede pasar un libreto?

(Alguien le pasa un libreto y le da el pie rápidamente).

MOSTO.— No es posible. He perdido mucho tiempo. Tengo que regresar para encontrar a mis compañeros.

NOVIA.— Tu nunca fuiste nada mío (Aplica el odio en el muñeco)— Yo estoy gestando un hijo . . . , un hijo fuerte que ha de tragarse con ímpetu voraz a los taimados que se quieren fugar haciendo alas de cera . . .

MOSTO.— ¡Cállate Cállate! ¡Deseo profundamente que te calles de una vez para siempre!

NOVIA.— ¡Nadie puede callarme! ¡Nunca nadie podrá poner su voz en mi silencio! (Le pega histérica con el muñeco hasta que Mosto queda (desmayado)— Cuando regreses a buscarme, voy a estar en mi sitio nuevamente, con la elegancia que conoces. Habrá dispuesta para tí. Entrarás por tu pie y cuando te hable pensarás que puedo adivinar todas las cosas, pero yo no adivino, es tan solo que sigo el texto de mi papel correctamente. Eres tu el que se muere y el que olvida. (Pausa) — Ahora es el momento de que te diga la verdad; esta casa sí tiene una salida, pero tu ya no puedes utilizarla. (Ríe)— Es una lástima. ¡Nunca podrás utilizarla! Nunca. (Toma de una pierna a Mosto y arrastrándole lo pone bajo la luz) ¿Sabes? Vamos a hundirnos en el jugo que segregan los gusanos, hasta el pináculo donde se sienta el rey de todos ellos. En el trayecto te podre responder cualquier pregunta, además de que tengo algunas cosas que preguntarte . . . por ejemplo; ¿Para qué quieren encontrar la salida?

(Con actitud maternal, pone sobre sus piernas la cabeza de Mosto y canta esta canción de cuna)—

Duerme duerme duerme  
niño pequeñito  
Sueña sueña sueña  
con tu juguetito.  
Que vas caminando  
por la playa inmensa,

Que con esa espuma blanca  
de las olas juegas.



(Luz general.

Estamos de nuevo en el consultorio. Un enfermero se acerca y toma del brazo a la novia. La secretaria y Caín están en el mismo lugar).

ENFERMERO.— Con cuidado. Vamos. (La levanta y se la va llevando).

NOVIA.— (Volteando insistente) ¿Para qué quieren encontrar la salida? ¿Para qué quieren encontrar la salida? ¿Para qué quieren encontrar la salida?

OSCURO. Cierra telón. Fin de la segunda pesadilla.

### TERCERA PESADILLA

“HE INTENTADO ESCRIBIR EL PARAISO  
NO OS MOVAIS  
DEJAD HABLAR AL VIENTO  
ESE ES EL PARAISO”

Ezra Pound.

(El escenario es una recámara presentada en forma esquemática de líneas muy actuales. Una pequeña plataforma cubierta con una colcha de vivos colores es imprescindible como cama. Hay un teléfono y unas flores de plástico junto a una lámpara. Estamos en el relato de Mosto al analista. Se sueña un joven marido prototipo. Su pareja duerme y él, en pijama está en sesión de gimnasia saltando la cuerda, tanto que pareciera peligrosa su rapidez. Suena el teléfono y cae al piso enredado en la cuerda. Con el estruendo, Pandora despierta sobresaltada. Ambos están maquillados como muñecos.

PANDORA.— ¡Yo no quería dormir ahora mismo!

TEL.— Riiiiiiiiiiiiiiiiing !!

PANDORA.— ¿Qué paso?

MOSTO.— El teléfono . . .

PANDORA.— (En un bostezo)— Bue—nos dí—as . . . ¿he? ¿En la estancia principal qué cosa? Si . . . las conozco perfectamente puesto que mis pasos dominicales así lo requieren . . . ¿Ustedes? ¿Cuándo) ¡Que alegría! ¡No se cuántos milenios hace que nadie nos daba el placer de una visita!

MOSTO.— ¿Quiénes?

PANDORA.— (Cubriendo la bocina) —Unos amigos que no conocíamos.

MOSTO.— ¿De dónde son?

PANDORA.— Mi esposo desea saber de dónde vienen . . . ¡Ah! Sí, comprendo. (Cubre la bocina)— Vienen de ninguna parte y piensan quedarse mucho tiempo a nuestro lado.

MOSTO.— ¡Magnífico! Diles que no tarden. Podemos jugar con ellos el sofisticado juego del abanico y el del palito marrullero . . .

PANDORA.— ¡El de las alas que no sirven para nada!

MOSTO.— ¡El de las piernas con raíces y el corazón de plomo!

PANDORA.—(Soltando el teléfono)— ¡Te jalo el nervio de los dientes, la pelota cuadrada y el apetito de Zopilote!

MOSTO.— ¡Las mariposas disecadas!

PANDORA.— ¡El viento que no sopla!

MOSTO.— Disfrutaremos con la calma tenebrosa coleccionando angustias. . .

PANDORA.—Y por fin cantaremos la canción que aprendimos de niños (Se preguntan al mismo tiempo) — ¡La recuerdas? (Ríen y se ponen a cantar )

LOS DOS.— Una gran máquina perfecta!

ELLA.— Como un estanque verde.

El.— Donde cada ponzoña fructifique.

LOS DOS.— Donde la luz haya muerto.

ELLA.— Para petrificar el movimiento

LOS DOS.— Y convertir la realidad en un tabúúúúú!

(Reparan en el olvido del interlocutor telefónico).

PANDORA.—(Corre a continuar la charla).

MOSTO.— ¡Diles que los esperaremos en el salón de los relatos terroríficos!

PANDORA.—(Cuelga y regresa).

MOSTO.— ¡Les dijiste?

PANDORA.—No fue necesario.

MOSTO.— ¡Por qué?

PANDORA.— Debieron escucharlo de tí.

MOSTO.— Esperemos que puedan orientarse correctamente.

PANDORA.—¿ Cómo fue que tú pudiste hacerlo?

MOSTO.— Fue sin querer. Recuerda que yo buscaba la salida.

PANDORA.— ¡Ah! Si, La salida! (Se abrazan riendo y jugando contentos en el piso).

OSCURO.

(El foro queda vacío de utilería. Ahora la iluminación es totalmente verde. Al centro todos los naufragos menos Psiquiatra tienen trajes extravagantes y máscaras, para formar coreografía. Son muñecos en una caja de juguetes).

NAUFRAGOS.— (De lo inaudible a lo explosivo) — ¡ industrias prosperad  
nuestras panzas esperan! (Repiten).

(Al ritmo de un tambor africano, todos adquieren forma-  
ción avanzado como un rebaño de Gólems a la deriva).

NAUFRAGOS.— Nosotros triunfaremos  
Por que tenemos la consigna  
De convertir el universo  
En una forma rígida y opaca  
Donde nada se salga de su límite . . .

¡Queremos construir una gran máquina  
Que nos masturbe a todos a la vez!

Solista.— Una gran máquina perfecta . . .  
¡Eso es!  
Una gran máquina  
Como un estanque verde!

TODOS.— (Cantando)— ¡Una gran máquina perfecta  
Como un estanque verde  
Donde cada ponzoña fructifique  
Donde la luz haya muerto  
Para petrificar el movimiento  
Y convertir la realidad en un tabú!

#### OSCURO.

La luz cambia por la de una noche de luna. Se oyen las olas. Por la platea viene Psiquiatra vestido de traje, iluminándose los pasos con una pequeña lámpara de mano. Llega donde Mosto y le arranca la máscara para llevarlo hasta la luz del cerital. Mosto se pone de rodillas).

MOSTO.— . . . Después de aquí, regresan las imágenes del principio. Entro a la estancia de Lilith, para encontrarla en su mecedora, escuchando plácidamente, “Caballos salvajes” de los Rolling Stones.

PSIQUIATRA.— ¿Cómo supiste su nombre?

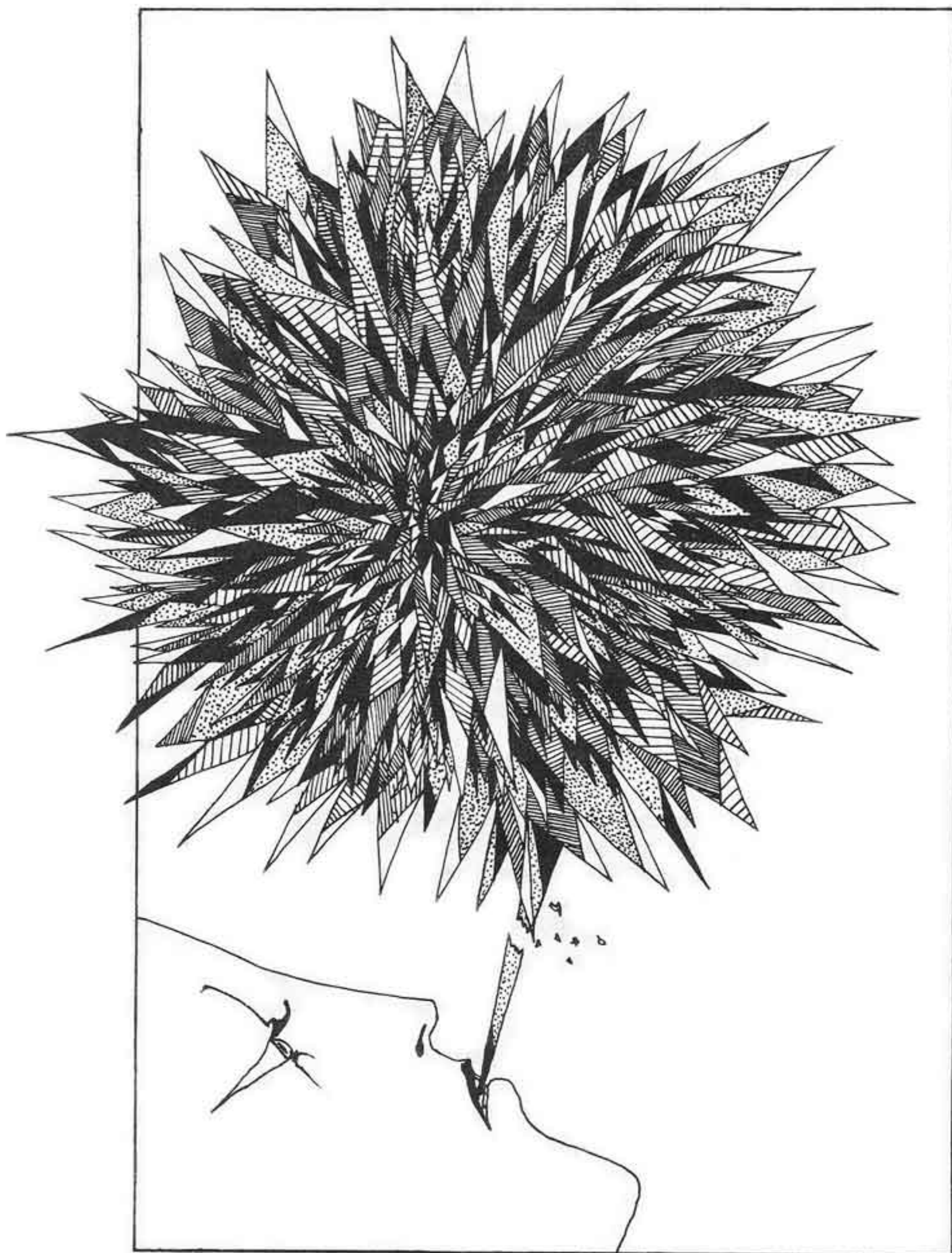
MOSTO.— Lo saqué por conclusión. Después de su niña imaginaria con el poeta . . . dijo que antes de tener esa casa, vivía en el tronco de un árbol acompañada de una serpiente y un pájaro . . . no puede ser otra. Es el vampiro de la leyenda Sumeria. La que vivía con Adán antes de la creación de Eva.

LILITH.— (Se despoja del atuendo ritual y con un sonido gutural marca su presencia).

PSIQUIATRA.— (La localiza con su lámpara).

LILITH.— . . . Por eso fue que inventaron el fingimiento de los cambios para desconcertar a los que pueblan el rebaño de la Esperanza.

MOSTO.— ¿Cómo es eso?



LILITH.— La semilla de los hombres viene de muy lejos. Una insondable carcajada guarda la puerta del origen . . . , es tanta la distancia que ni el ácido Desoxirribonucleico ni la superrova más pavorosa guardan memoria.

MOSTO.— ¿Y la historia?

LILITH.— (acercándose más)— La historia es un mitote que se alarga como una liga y, como tal, tiene su punto de rompimiento.

PSIQUIATRA.—(Quemando casi los ojos de Lilith con la luz de su lámpara)  
¡No estoy de acuerdo!

LILITH.— (Volteándole la lámpara)— ¡No tienes razón!

PSIQUIATRA.— (Retórico)— La historia es la memoria secular necesariamente imprescindible para poder interpretar el espíritu y la evolución del hombre.

LILITH.— Memoria de olvidadizo diría yo . . . ; ¿Para interpretar cuál “espíritu”? (Ríe)— ¿Evolución? ¿Has dicho: “evolución”?

MOSTO.— Los científicos . . .

LILITH.— Me tienes harta con ese apego infantil a los “científicos” Preguntá sin rodeos a esos unguadores de letras por que no evolucionan las cucarachas (Le arroja la máscara).

MOSTO.— Quisiera estar en mi casa.

PSIQUIATRA.— ¿Por qué la conoces y deseas protección en sus rincones?

MOSTO.— (Asiente con un gesto).

LILITH.— (Tomando el lugar de Psiquiatra)— Desgraciadamente tu casa ya no existe. Todo lo sólido es ahora volátil y lo volátil mismo se destransforma para ya no ser nada.

MOSTO.— No es posible.

LILITH.— “Nada existe si no puede mirarse” ¿Lo recuerdas? Tu mismo lo dijiste.

MOSTO.— ¡Yo la veo!

LILITH.— Crees que la miras para seguir oliendo tu propia peste. ¿Quién te dijo que se podía mirar?

MOSTO.— Mis ojos . . . ¡Mis ojos!

LILITH.— Tus “Ojos”? Pero si “Tus ojos” no son “Tus ojos”, Los tuyos fueron arrojados a la basura. Se mezclaron con los pedazos insertables de otros cuerpos en aquel hospital.

MOSTO.— Tú misma lo dijiste: los que me quitaron estaban atrofiados, no servían para nada.

LILITH.— ¿Y quién te dice que los que te pusieron pueden servirte de algo.

- MOSTO.— Aquí están mis manos, veo mis manos.
- LILITH.— “Ves” unas manos pero no puedes precisar si son las tuyas. El tiempo se licúa sobre sí mismo. Al hacerlo, aparece la FORMA como brillante plusvalía. La FORMA se traslada en el espacio (gira el brazo derecho rápidamente)— ¿Cuántos brazos eres capaz de contar en este movimiento?
- MOSTO.— (No contesta).
- LILITH.— Insistes en abrazarte a los fantasmas de la FORMA que son ecos del tiempo que no es nada. (Lo toma del hombro indicándole mirar a la platea)— Pon atención y dime lo que miras.
- MOSTO.— El horizonte oscuro.
- LILITH.— Te lo digo . . . allá están varias gentes observándonos, creyendo que disfrutar una obra de teatro dentro de su teatro cotidiano.
- MOSTO.— Tengo bastante buscando la salida. Si he podido cruzar miles de puertas . . . la ley de proba . . . es evidente que pueden agotarse . . . sin . . . estoy seguro que debe haber una última que muestra el exterior en su presencia y esplendor.
- LILITH.— (Ríe)— ¡Que retórico estuvo eso de “Presencia y esplendor”. ¡Ves como con tu réplica me has dado la razón? (Lo pone bajo el cenital)— Balbuceas. Locuciones entrecortadas. ¿Me quieres convencer con titubeos?
- MOSTO.— Veo . . . pero sin la esperanza soy un lobo. Me mordería los brazos y las víceras.
- LILITH.— (Alejándose)— La Esperanza es nuestro agente de negocios.
- MOSTO.— (Se pone de pie para descubrir que la luz que le rodea es una cárcel. Palpa los muros y da rondas como animal en una trampa) ¡Al menos dime como encontrar a mis amigos!
- LILITH.— ¡Cabalgas en la concha de una tortuga!
- MOSTO.— ¿Qué tocará la meta primero que la liebre? El mundo es relativo.
- LILITH.— Eres dicharachero. Aprendes frases de memoria y cuando las pronuncias, te sientes un altoparlante de la sabiduría! ¡guarda silencio!
- MOSTO.— ( Y los naufragos que se quitan las máscaras)— ¡Pero si tengo milenios escuchando!

Suena de nuevo el ritmo que ahora va presentando un recorrido sonoro hasta llegar a las formas presentes y aun al sonido del espacio exterior. Mosto recupera con los demás el atuendo ritual y el solista entona su invocación.

Solista.— Sin—dar—trea—al  
Sect—po—tre—m  
Gin—bron—da grin  
ta—dem—bo—ña—fú

Ta—la—fí—

Cron—ci—to—pe  
Ne—tral—tul  
Mi—cromblo—tin—do  
Sem—en—tu—i  
Do dem— en sus—nien—col  
Pa schloch— me cribe—tons  
li—ni lu—pel  
li—ni suplel  
Cul—entral ne sien pe chil—ma  
Grin—pi—cren  
Blo—no—ten  
kroch—ran!  
Fran—pla—ni—nul  
clot—jin zet—plun!  
Ñan bris—nen—sul  
Nan bris—nen—sul

Trin—jul pon  
Chot—hal—der

Zipe te—jul  
bel—pon  
bel—pon  
bal—pon jul—chot  
den—den  
¡Hann ghaaa nng-g-g!

(Las voces y los cuerpos van fundiéndose a la par en un caos de incoherencias y gritos excesivos, hasta terminar convertidos en una jauría que se devora).

#### OSCURO

(Enciende el cenital y ahora el Psiquiatra está sentado en una silla blanca bajo la luz del cenital—jaula que lo protege de la jauría que camina en torno ya convertidos en animales hambrientos y jadeantes. Mosto se despoja de la máscara para dirigirse al Psiquiatra).

MOSTO.— Estoy harto de prestar mis oídos y mis ojos en este sueño.

PSIQUIATRA.— Pero estas vivo.

MOSTO.— ¿Vivo?

PSIQUIATRA.— La Esperanza es un cuerno de abundancia en perspectivas. (Irónico)— Cada puerta que abres, cada pasillo que recorres, cada escalera subida o bajada, cada cortina que atraviesas; esperas dar con la salida definitiva . . . , y la ESPERANZA te susurra, cuando descubres que hay otra puerta, otro pasillo, otra escalera y otra y otra y otra cortina más; si ésta no fue, tal vez la próxima esconde la respuesta.

MOSTO.— ¿Por qué me atormentas?

PSIQUIATRA.— ¡Ven conmigo! (Lo toma de la mano) y bajan al público en tanto los demás entran al círculo de luz como sorbidos por un resumidero)— Bajaremos al pozo. Vamos a hundirnos en el jugo que segregan los gusanos. Observa bien lo que voy a mostrarte, (Ve iluminando el rostro de un espectador con cada una de sus frases. Lilith baja tras ellos guardando la distancia)— Este fue el primer asesinado. Quería repartir las mujeres que acaparaba el jefe de la horda, pero fue abandonado por sus hermanos cuando el padre—jefe descubrió la traición. Murió a la orilla de la playa y su carne alimentó a sus asesinos. Después de aquella primera muerte se han sucedido todas las muertes. A éste lo precipitaron al abismo. ¡Colgado!, Crucificado. En la hoguera. Guillotinado. En la silla eléctrica. Vejado públicamente. Sin ojos y sin uñas. Sin órganos sexuales. Empalado. En el circo.

De hambre, de sed. Descuartizado. Arrojado en un pozo de alimañas. Después de haber perdido la lengua y los oídos. Con una jaula de ratas enloquecidas en el vientre. Fue fusilado, después decapitado para poner su cabeza en una jaula colgada de una esquina. Apedreado. Aquel en emboscada y el otro traicionado. Ese con un piolet encajado en la frente. Este obligado a suicidarse. Y, por último; este pobre, bajado del pináculo de luminaria del pensamiento artístico, se arrodilló frente al partido prometiendo hechar fuera de su alma los restos anarquistas de su individualismo. (Suben al escenario y Mosto es puesto en la cárcel de luz con sus compañeros)— Todo ha quedado claro. Espero que mi esfuerzo tenga sentido.

MOSTO.— Eso que me mostraste fueron sólo accidentes . . .

LILITH.— (Saliendo de la sombra)— ¿Por qué persistes en la torpeza?

MOSTO.— (Tratando de romper el muro invisible)— ¡Porque sé que hay salida! ¡ Lo siento!

LILITH.— Eres cruel contigo mismo. Terminarás desgastando tu cuerpo inútilmente.

PSIQUIATRA.— (Dando unos pasos hacia el grupo que se pliega temeroso)— En esta casa no hay ninguna. Yo me cansé de recorrerla. Conozco cada rincón, puedo hablar con detalle, dar las medidas, el peso, las relaciones que guardan los objetos. Aprendí sus historias. Puedo contar lo que dice la sombra cuando se pone a conversar en las esquinas del techo con el eco. He visto como son martirizadas las margaritas cuando se atreven a poblar las alfombras y a confundir los cuadros blancos con los negros. (Pausa)— Ten cuidado. Te advierto con el más efectivo conocimiento de causa; ésta casa no tiene acceso al exterior.

NAUFRAGOS.— ¿Cómo lo afirmas?



PSIQUIATRA.— Porque yo tenía sueños más terribles que los que puedan haber tenido todos ustedes juntos, hasta que me canse de soportar esa tortura recurrente que desde niño me atormentaba. (Pausa) — Soñaba que caía en un abismo. Que se me pegaban las plantas a la tierra mientras todos huían. Que se me desprendían uno a uno los dientes y las muelas. Un día despertando decidí poner coto a mi angustia . . . debía buscar una salida. Corté mis venas, y fui marcando el recorrido con la sangre, hasta que me topé con el punto de partida.

LILITH.— ¡Adorable! Qué gran ayuda les das en su ignorancia. (Le da un beso en la boca a Psiquiatra).

NAUFRAGOS.— ¿Y a nosotros en que nos beneficia toda tu repetida tragedia-comedia? (Le arrojan las máscaras notando que no hay más muro, avanzan contra Psiquiatra y Lilith que siguen abrazados).

(Psiquiatra y Lilith salen presurosos tomados de la mano. Lilith da un silbatazo y Arpía entra arremetiendo contra ellos bajo la luz intermitente.

#### OSCURO.

(Se ilumina la recámara Mosto—Pandora. Continúan con su maquillaje de muñecos. Ella está sentada frente al público con una revista de modas que le cubre la cara. Viste una sofisticada bata de noche.

MOSTO.— (Entrando en bata de baño)— Creí que dormías.

PANDORA.— Insisto en que debes dar tus disculpas a papá.

MOSTO.— No quiero repetir todo de nuevo. (Se sirve un baso de vino)

PANDORA.— Insisto en repetirlo.

MOSTO.— ¡Esta bien! Voy a decir algo definitivo; tu padre, como ladrón tiene bien merecido lo que le pasa . . .

PANDORA.—(Arrojándole al rostro la revista) — ¡Ladrón! ¿Has dicho ladrón?

MOSTO.— ¡Ladrón! He dicho “ladrón” Y debo agregar algo más todavía; ¡esos imbéciles de pacotilla, hacen muy mal en pedirle solamente veinticinco millones, deben pedirle toda su fortuna.

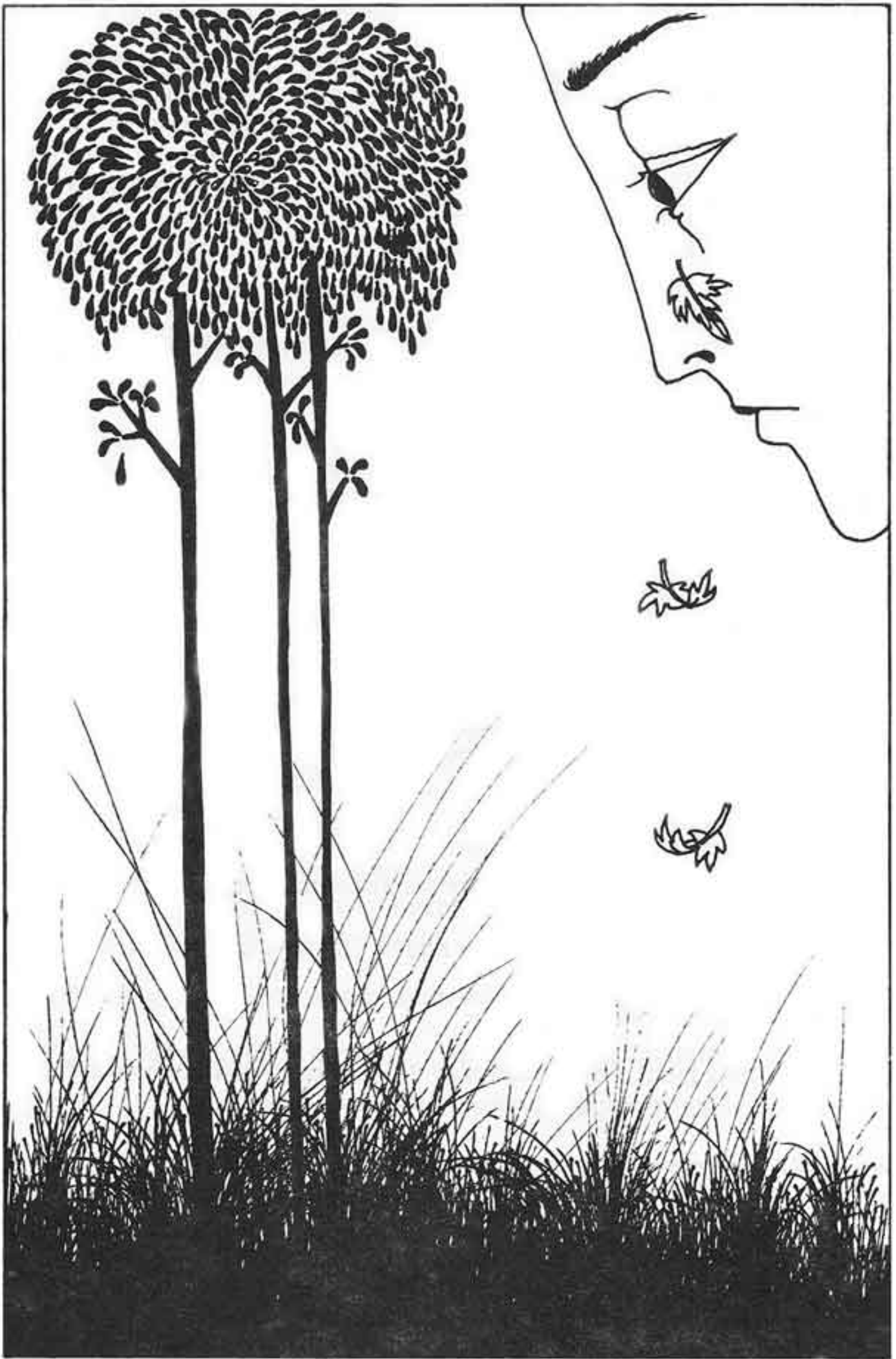
PANDORA.— ¡El tendrá que saberlo!

MOSTO.— Comunícaselo en el próximo contacto con los secuestradores.

PANDORA.— Haré algo mejor; voy a denunciarte de sospechoso.

MOSTO.— Es un secreto a voces que tu padre se autosecuestro con fines políticos.

PANDORA.— ¿Lo acusas de asesinar a sus asistentes, incluso a mi tío?



GLIFO  
82

MOSTO.— Lo acusa la opinión pública que bien le conoce. ¿No has leído la prensa?

PANDORA.— La prensa es amarillista.

MOSTO.— Debe tener alguna mano metida en ello tu padre o por lo menos el dedo meñique.

PANDORA.— Ahora comprendo la razón del desprecio que te tienen mis amigos.

MOSTO.— Tus “amigos” no son más que pirañas . . . , pirañas perfumadas con desodorantes especiales.

PANDORA.— ¡Sí son pirañas! Y los tuyos, hipócritas . . .

MOSTO.— ¿Y los defiendes?

PANDORA.— Más que hipócritas Basofia de comunis. . . . Oh! que torpe soy, estuve a punto de decir comunistas, cuando no pasan de comunisteros. ¿Donde quedó el orgullo de sentirse la terrible vanguardia de la historia? Ahora quieren sentarse en el congreso para dictar las leyes. Funcionar dentro de un sistema legal que detestaban. ¿Que no se proponían inventar un juego nuevo? Es que decrepitos, ahora temen al juego eterno por que ni Marx, ni Engels, ni Lenin, les dejaron más guía espiritual que la guía del dinero? (Pausa)— Ahí los veo, marchando al último grito de la moda, ritmo que la “burguesía” les impuso desde chiquitos. Es elocuente verlos inclinar la cerviz al recibir la bendición nupcial cuando se casan por la iglesia. ¿Ignoran que Pio XII los arrojó a la porra de un bastonazo?

MOSTO.— Tu no entiendes nada de política. Y confundes la vulgaridad con la inteligencia.

PANDORA.— ¿No se dan cuenta que vienen a zampar las narices en el reducto más venenoso del “Opio de los pueblos”? Que querían cambiarlo todo y no se atreven a trastocar el propio charco de mierda cotidiana. ¿Es que tienen acaso dentro de sus fines, un plan secretísimo de subversión como medio para destruir las odiadas instituciones de los “Ricos”?

MOSTO.— Estábamos hablando de tu padre, no de tu visceral desprecio a los comunistas, ni de los problemas que arrastran ellos en sus atavismos existenciales.

PANDORA.— Tú mismo dices que nada está separado en la realidad. Así que su problemática existencial y mi odio se juntan en algún punto del espacio . . . además, esta noche, quiero agotar los ligamentos que nos obligan a soportarnos. Tu detestas el poder de mi familia y yo no puedo soportar tus discursos aleccionadores.

MOSTO.— Tu problema es que no puedes renunciar a la frivolidad en labor de la vida.

PANDORA.— ¿Cómo puedo renunciar a la potencia que me aglutina en una especie aparte?

MOSTO.— ¿Qué dices?

PANDORA.— La humanidad no es una sola. El ser humano está bien dividido por especies como las alimañas. ¿Qué quieres? ¿Qué se reúna todo nuestro dinero en el último piso del más alto edificio de la ciudad y lo arrojemos por las ventanas? Ese loco millonario de Nueva York fue solo un espectáculo para mendigos pues él estaba divirtiéndose. El oro es excremento . . .

MOSTO.— Y los locos espectaculares lo disfrutaban. Diríamos que disfrutaban la bañera de “oro”.

PANDORA.— Digamos mejor que los que día con día nos exorcisan con sus cursis eslogans lo quisieran tener para ponérselo de lavativa.

MOSTO.— ¿Quieres instituir una paradoja?

PANDORA.—¿La paradoja que se produce con la envidia? (Pausa)— Nosotros lo sabemos manejar. No se nos llena la frente de sudor helado cuando lo tocamos en cantidades inimaginables . . . tan inimaginables que se torna PODER a nuestro toque sin que nos tiemblen las manos. Sabemos darle cauce. Lo regamos donde conviene, para que puedan fructificar las cosas. (Se dirige a la cama).

MOSTO.— Cuando no hablas de modas y de fiestas tus lugares comunes dan pavor; hueles a siglo dieciocho en decadencia.

PANDORA.—Es el hombre un inmenso lugar común . . . , atrapado en su deseo morboso de huir. Jamás está conforme donde tiene los pies y quiere tener manos de gigante para tomarlo todo.

MOSTO.— ¿A quién defiendes?

PANDORA.—¿Quieres que hable como tú? Debo interpretar el que te hayas casado conmigo, como un apetito decadente por la decadencia?

MOSTO.— (Guarda silencio)

PANDORA.— ¡Piensa en voz alta!

MOSTO.— Tu lo sabes . . .

PANDORA.—Lo único que conozco es tu tendencia por el juego del cuerpo. Debiste darle vuelo al placer en otra parte. Afuera existen muchos hombres y mujeres igualmente dispuestos al placer como tú. Piensas que todo debe trabajar por el placer habiendo cosas más importantes que desgastar la vida inútilmente.

MOSTO.— Lo placentero del contacto es el verdadero trabajo del mundo. Creí que lo habías entendido. No es ya tiempo de buscar nada . . . , puede quedarse sin deseo el universo.

PANDORA.— ¿Y yo?

MOSTO.— Hiciste trampa. A un hombre que ha perdido los ojos desde la infancia, es fácil engañarlo por que conserva la visión plena de un mundo que los adultos han olvidado.

PANDORA.—¡Fuí yo quien te buscó y pagó esos ojos!

MOSTO.— Esa es tu condena. Con ellos he aprendido a conocerte.

PANDORA.— ¿Quieres decir que no amo a mi prójimo por lo menos?

MOSTO.— Quiero decir que perteneces a la raza de los que llevan unas tijeras en el bolsillo para ir cortando en dos partes las ideas, inaugurando continuamente las estancias del eterno retorno, exclamando con el orgasmo suspendido: éstas para la izquierda y éstas a la derecha, chaz, chaz, chaz, chaz. Estas arriba y éstas abajo, chaz, chaz, chaz. Esta será la línea solar y ésta la lunar. Nosotros los buenos entregaremos una despensa completa . . . , a la madre más humilde, al niño más pobre, al inválido más jodido.

PANDORA.— Por eso tu no haces nada por nadie . . . Tu hermano tiene un justo juicio de lo que te mueve.

MOSTO.— ¡Todos tienen razón! ¿Qué diversión inventarían si se acabaran de pronto los llorones inválidos de sí mismos?

PANDORA.— He descubierto que nos traicionas a cada paso . . .

MOSTO.— ¡Esta fue la noche de los descubrimientos! No puedo resistirme al espectáculo que dan las formaciones de minúsculos tanques de guerra y elefantes rosas transitando por la pared rumbo al momento en que se rompen todos los nudos.

PANDORA.— (Se retira de nuevo a dormir)— Me niego a continuar. Vas a seguir con esa inentendible palabrería.

MOSTO.— ¡Te niegas por que no hablo de los olores a saloncito, té canasta o iglesia trasnochada que te gustan!

PANDORA.— Me niego por que no me interesan más los razonamientos de los aspirantes a doctores de la ley del futuro. (Apaga la lámpara de la recámara).

MOSTO.— (Indignado arroja el vaso contra la cortina)— ¡Delirium tremens! (Ríe)— ¡Delirium trémens! Psicoanalista de cagada. (Se queda dormido en el sillón sin apagar la luz).

PANDORA.— (Luego de un momento)— Mosto . . . Mosto . . . , es muy tarde. (Como no le contesta, se levanta. Lo ve dormido y se dirige a la puerta de salida. Regresa en compañía de Perseo. Este saca una navaja de barbero. Pandora se tapa los oídos. Perseo sutilmente se monta en el dormido sin tocarlo. Le pone la mano derecha en la cabeza y la navaja junto al cuello. Apagón encendido, Pandora grita mientras Perseo se pone de pie dejando a Mosto en sus mudas convulsiones y sale corriendo despreocupado limpiándose las chispas de sangre de la cara. Al pasar le agarra el sexo a Pandora.)

OSCURO.

(El "Gloria" de Vivaldi da principio. Paso a paso se ilumina de nuevo el escenario de rojo intenso. Está sólo la plataforma cubierta. El cadáver de Mosto en el piso. Caen serpentinas, confetis, globos. Entran por la derecha Pandora y Caín; los dos últimos náufragos. Admirados de aquella lluvia extraña, ven como al ritmo de la melodía, desciende suavemente una botella gigante de pepsicola que toca el piso con las notas finales. Ellos con asombro se acercan y la palpan incrédulos y tímidos.)

BUFON.— (Se asoma por la izquierda. Tiene un traje medieval y un matamoscas. Mira la botella y se regresa pleno de gozo. Retorna de inmediato gritando)— ¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! La transferencia dió resultado. Señora. Señora mía, lo hemos logrado. (Espanta con el matamoscas a los intrusos)— ¡Yuuuuuju! ¡Viva nuestra señora! (Da saltitos de gusto)— Lo hemos logrado. Lo hemos logrado.

CAIN Y PANDORA.— (imitando al Bufón)— Lo hemos logrado, lo hemos logrado . . .

BUFON.— ¿Qué han logrado ustedes? Les hace un desplante. Ellos quedan inhibidos)— ¿Ustedes pertenecen al grupo de los que buscan la salida?

PANDORA y CAIN.— Nosotros, no . . . otros, no . . .

BUFON.— ¡No lo nieguen! (Le pega con el matamoscas en la cabeza)— Ustedes andan vagando abriendo puertas y metiendo las narices en todos los rincones. (Les pega mas)— Les diré algo importante antes de que toda esta cursilería se de por terminada: Huír, huír al otro lado del confín, cayendo en el vacío de los tiempos. Es la única forma de salir de los mundos que no hemos inventado. Si este sueño nunca les ha gustado, es porque no lo están soñando y no les pertenece, pero tampoco podrán jamás cambiarlo. (Escucha algo inaudible desde lo alto. Dice que sí, con un gesto. Baja un enorme globo. Saca un alfilerillo y lo pincha varias veces por el centro en dirección opuesta de la boca. Caín y Pandora se acercan al notar que no se revienta, pero cuando están cerca lo pincha por el costado y los curiosos caen al piso con la sorpresa)— Lo hemos logrado. Lo hemos logrado.

CAIN y PANDORA.— (Se le unen).

BUFON.— (Los toma de las manos y hacen una ronda en torno a la botella) ¡Vamos todos a tomar la sexicola!

#### MUSICA

LOS TRES.— Oh sexicola mía serás  
Oh sexicola te beberé

De sexicola siempre tendré  
La panza llena y no moriré

PANDORA.— ¿Saben que día es hoy? (Ellos quieren continuar cantando)—  
¿Quién sabe que día es hoy?

CAIN.— Es el cumpleaños del círculo vicioso.

BUFON y PANDORA.— (Entre sí)— ¿Cómo lo supo?

CAIN.— Esto ya sucedió miles de veces . . ., después ustedes tomándose las manos (les induce a tomarlas)— giran en torno mío gritando;

BUFON y PANDORA.— (Gritan)— ¡Cállate!

(También grita Perseo que recién está entrando. Viene cargando una gran piedra).

PANDORA.—(A Caín)— Tu obsesión enfermiza de repetir y repetir no tiene fin . . . (se interrumpe al notar la interferencia de Perseo que se adelanta.

PERSEO.—(Tiene un aire lejano, mezcla de desencanto y vacuidad. Ropa sucia y desgarrada)— Toma mi sueño.

Construye una escalera.  
Sube por ella  
Al más profundo abismo  
Y apaga las estrellas.

(A Pandora)—  
No cuentes con la tierra.  
Clava las uñas en el rostro  
del que te abra la puerta,  
Y canta para todos la tonadilla imbécil  
del bienaventurado.

(A Caín)—  
No cuentes con el viento.  
Esto se pudre.  
Deja en las ondas lo superfluo.  
Esto se pudre.  
Mientras ellos te cortan en pedazos,  
dale brillo a los dientes  
Aguza el agujón.

Luego te arrojarán a los estudios  
Y entre ellos  
Por el teléfono rojo  
Se contarán chistes obscenos.

(El Bufón aplaude con cinismo y ríe mecánicamente. Empujando a Perseo por la espalda le pregunta después de que ha caído junto al cadáver de Mosto).

BUFON.—¿Y qué otra cosa puedes mostrarnos además de tus poemas esquizofrénicos?

(Ríen).

PERSEO.—(Notando el cuerpo muerto)— En este cuerpo nadie vive. Está vacío, hace milenios. Cuando los montes eran valles, ya estaba como está; sin un minúsculo rayo de luz en su interior.

BUFON.— ¡Cuéntanos más! (A Caín y Pandora)— ¿Qué nos cuente?

ELLOS.— Sí, sí que nos cuente!

PERSEO.—(Evidentemente sintonizado en otra longitud)— El banquete resbala lentamente por el sifón de la letrina. ¿No os da vergüenza que se pierda el banquete?

(Bufón se retira con sus amigos un poco y cuchichean en secreto. Luego dando la cara le gritan).

LOS TRES.— ¡Que se pierda!

PERSEO.— (Da unos pasos y se va quedando sin saber que hacer como ciego en un mundo distinto al conocido).

BUFON.— (Se adelanta para decir algo pero no dice nada. Quiere aprovechar aquel instante con una nueva diversión; así exclama en tono de farsa)— Nosotros nos consideramos un pueblo muy “Sui generis” Las demás naciones nos envidian (En secreto)— Sabemos que nos espían desde satélites artificiales ji, ji, ji, pero nos vale madre. Nuestro folclor es una cosa esplendorosa, sin que por lo demás tengamos diferencias con los otros pobladores del planeta, que por el esmero con que cuidamos al héroe nacional que ya casi se nos muere de viejo. (Se acerca de puntillas a Perseo y le acomoda la postura, le sacude el cabello etc.)— Lo tenemos desde inmemoriales anohecidos y amanecidos. Dicen que quiso tapar el sol con un dedo . . .

CAIN.— Parar el sol.

BUFON.—¿Parar . . . ?

CAIN y PANDORA.— Sí Parar el sol.

BUFON.— ¿Eso pretendía?

CAIN.— No lo pretendía; ¡lo hizo!

BUFON.—¿Cómo?

PANDORA.—Era un hombre fuera de lo común. Aquel día de la batalla decisiva; después de ordenar a las nubes que arrojan piedras encima de sus enemigos. . .

CAIN.— Dijo en presencia de todos . . .

PERSEO.—(Reaccionando)— ¡Sol no te muevas de sobre la ciudad, ni tu luna de sobre las colinas!

BUFON.— (Da saltitos de gusto y suelta su risa chillona, mientras le quita la piedra para sopesarla).

PERSEO.—. . . Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que la gente del pueblo se hubo vengado de sus enemigos.

(Bufón y Caín se pasan la piedra cada vez más incómodos por tenerla).

PANDORA.—(Atrapada en el magnetismo extraño de Perseo)— JACOB! ¿De dónde vienes?

PERSEO.—(Camina al frente sin oírla).

PANDORA.— ¡JACOB!

BUFON y CAIN.— (Desconcertados ven como Pandora los abandona).

BUFON.— (A Perseo)— No exaltes tu locura. No es necesario. Nuestros oídos tienen la fineza del filamento fotostático. Podemos escuchar tus pensamientos. Medir la luz del reflector de diez mil wats que todavía no ha sido fabricado.



PANDORA.— Todos ustedes. . . , cerdos inútiles.

BUFON.— (Tomando del brazo a Caín)— Podemos bien llorar al paso de un cortejo . . .

CAIN.— . . . Y hablarde los demás como ninguno.

PANDORA.— ¡Inútiles! ¡Inútiles!

BUFON y CAIN.— (Abrazados en esfuerzo final por diluir el encanto que tiene a Pandora, le dicen a Perseo afeminados)— Dinos por dónde queda el camino hacia la torre del molino. Como ves en las espigas hay un fulgor maravilloso. Somos granos de trigo de la mejor cosecha. (Ríen).

CAIN.— (A Pandora)— ¿Por qué te vas con él? ¿Qué cosa tiene él mejor que yo?

PANDORA.— Lo importante . . . , tiene lo verdaderamente importante. Un feeling catártico que me subyuga.

BUFON.— Pero si la “ IMPORTANCIA ” es un galimatías! TODO debe mezclarse para que NADA, continúe su existencia. (Le devuelve la piedra a Perseo).

PANDORA.— No entiendo.

BUFON.— (Señala el pie derecho)— Aquí; el ruín, el cobarde, son una minoría y sufren vejaciones, pero saben que se deslizan con el giro y esperan con paciencia las multitudinarias exclamaciones como señal para tomar venganza y descargar sobre sus enemigos, todos los cataclismos en el nombre de su razón de ser.

PANDORA.— (Interesada)— Sigo sin entender.

BUFON.— (Engancha el brazo de Caín en sentido contrario)— El ( Caín )—, está parado suavemente aquí.

CAIN.— Y él (Bufón).—, está parado suavemente aquí.

PANDORA.— (Da vuelta para ver bien).

BUFON y CAIN.— (Giran cambiando de lugar)— ¿Dónde quedó cada quien?

PANDORA.— Pero si ustedes están hablando del más vulgar maniqueísmo!

BUFON y CAIN.— Eres tú la que mira las cosas con ojos maniqueos, por que haces del maniqueísmo tu contrario.

CAIN.— Nosotros giramos únicamente (Gritan).

PANDORA.— Entonces ¿cómo salir de la inmensa laguna de mentiras?

BUFON y CAIN.— ¡Soltándonos! (giran y se sueltan dando en el piso).

(Entre la mesita de servicio con la tetera y las tres tazas, activada por un conjunto de carritos de cuerda en formación como pequeños caballos).

BUFON.— ¡La hora del té!

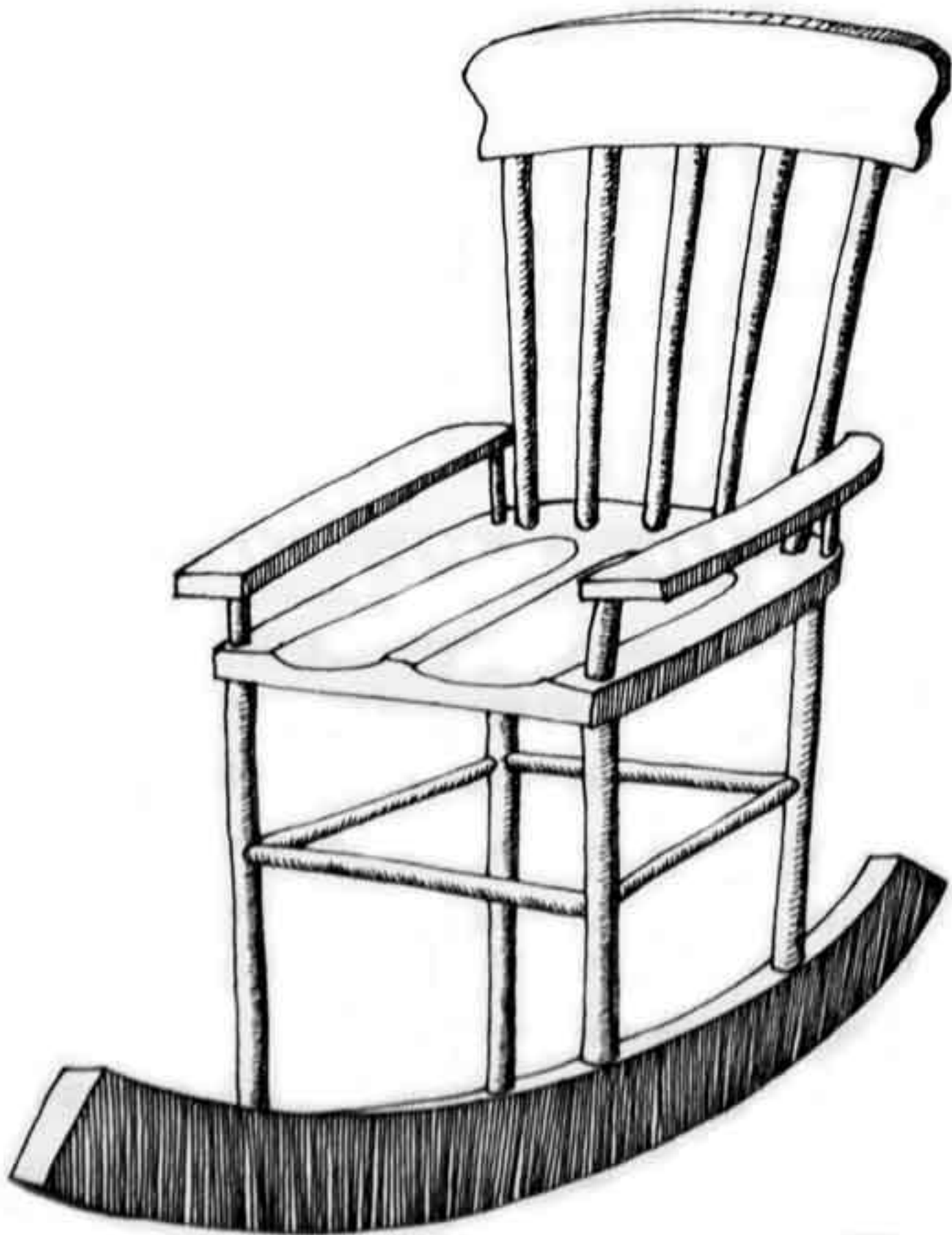
CAIN.— ¡La hora del té!

(Se sirven té volviendo la vista hacia Pandora que ayuda con la piedra a Perseo).

PANDORA.— (No resiste la mirada de sus amigos y la tentación de la hora del té. Devolviendo la carga sin previo aviso, se une a sus amigos que la reciben con un besito en la mejilla).

PERSEO.— (Grita cada vez más fuerte)— ¡Muera la burguesía!  
¡Muera la burguesía!  
¡Muera la burguesía!

(Al tercer grito, los tomadores de té lo toman en cuenta. Pandora viene a él con coquetería y de repente le pone la mano en el sexo y se lo acaricia, mientras los otros dos vienen también y acariciándole comienzan a desnudarlo).



OSCURO.

(Cuando enciende la luz, Pandora y Caín, tienen la cara deformada con una malla fina. Con movimientos torpes, Pandora levanta la mano y a su señal baja una cuerda con la que atan el cuerpo de Mosto que asciende lentamente. Luego toman postura de firmes. Pareciera que son rellenos de gelatina. Se hace visible Bufón que había permanecido tras la botella, despojándose del traje medieval para descubrir su vestimenta de oficial del ejército. Tiene un fuste de cuero. Se toca con la gorra, sonrío. Viene donde Perseo que duerme tirado al filo del proscenio junto a su piedra. Lo mueve con el pie hasta que despierta).

GENERAL.— ¿Qué haces aquí?

PERSEO.— Espero que se derrumben las dimensiones.

GENERAL.— Te ves agotado. Tienes el abatimiento que dan los filos de las olas, como si hubieras caminado por el mar.

PERSEO.— No sé. Posiblemente, Me parece haber soñá . . .

GENERAL.— ¿Sabes que ha llegado la hora?

PERSEO.— ¿Qué hora?

GENERAL.— (Río)— Qué divertido (Para sí)— No sabe que hora . . ., la hora de írnos jovencito despistado.

PERSEO.— No quiero irme a ningún lado. Vete tu solo si tienes prisa.

GENERAL.— ¿Me tuteas pendejo? ¡Párate bodoque de indolencia! (Lo levanta de los cabellos)— ¡Esta es la nueva realidad! Mírala bien. Ayer se derrumbaron tus demensiones y no te diste cuenta. (Le da una patada que hace rodar a Perseo al centro del escenario)— ¡A la fila cabrón! Ahora vas a saber lo que significa caminar sobre las olas!

PERSEO.— (Se levanta decidido a salir por el frente)— Chinga tu madre pinche guacho puto!

GENERAL.— ¡Alto, deténgase!

PERSEO.— (Le indica que se meta el dedo en el culo).

GENERAL.— (Le dispara. Perseo rueda por un pasillo sin vida. Luego apuntando sobre el público trata de percibirlo en la oscuridad, pregunta con dulzura)— ¿Hay alguien ahí? ¿Está alguien ahí? Salga . . . ha pasado el peligro. Ya todo está en orden. ¿Hay alguien por ahí todavía? Salga. Vamos . . ., vamos. No existe nada ya que temer. ¿Hay alguien ahí?

(Se oyen sonidos de serpientes).

OSCURO.

Fin de la tercera pesadilla.